

# La Pluma

AÑO III.

MADRID, MARZO 1922

NÚM. 22.

## EL JARDÍN DE LOS FRAILES <sup>(1)</sup>

X



As allá del espanto, abordé en una tristeza grave, desgastada la primera turbulencia de la pasión en ejercicios cotidianos, dispuestos para desbravarla. Fué también discernimiento, no sé si diga astucia; de fijo, un adelanto en mi aprendizaje, pues vine a enfrenar el abandono. Restañé el afán de tocar en lo absoluto; ver enfriarse la generosidad, me dió lástima. Aprendí que mi desbarajuste se correspondía con otras experiencias, muy añejas, disecadas ya, articuladas en ideas; como si en el hervor de la vida me careasen con mi esqueleto. En fin, estos albores de paz traían visos de desengaño; abdicaba una pesadumbre grandiosa, como si toda magnificencia me estuviese vedada, en el temor y en la esperanza, por mi flaqueza.

(1) Véase LA PLUMA de enero de 1922.

## LA PLUMA

No me precio de haber devorado en lo religioso una vida excepcional, pero sí violenta en su cortedad, y prematura; todavía no desdénaba los juegos infantiles, cuando el susto de ver que me convertía me aterró. Mi originalidad en lo religioso es poca, o nula. He ido por donde el vulgo, y a remolque de las circunstancias, o dígame de otras pasiones, que acaso hayan vivido a expensas de mi capacidad religiosa. Ni estoy muy instruído en esa esfera; si comparo el número, la calidad de mis experiencias con los ámbitos sin fin que otros exploran, conozco lo incompletas que son. La indolencia expectante con que suelo mirar las cosas del mundo, y que en todo me retiene, quizá me ha privado en lo religioso de una estofa rica y tupida, dejándome en desgarradora soledad para el combate con un dios personal, sin la presencia difusa de lo divino y su perenne auxilio, que otros describen. Por indolente, me arrebató de sorpresa en su remolino un delirio religioso, una manera de persecución apasionada del más allá, y de preverlo en formas sensibles, sin poder evadirme de su contemplación ni de la angustia sofocante que el contemplarlo me daba; esa pasión me golpeó, me machacó, tomándome sin defensa, antes de saber yo siquiera que tal pasión existía ni cuáles eran sus síntomas ni su cebo.

Tenía yo en Alcalá un confesor elegante, que me saludaba en el confesionario con palabras corteses, me daba tironcitos de orejas y tras de gastar algunas cuchufletas, concluía por recomendarme que al volver a casa besase las manos a mis mayores. ¡No le habían quemado los labios con un ascua a este levita! Ni se podría por los yerros de los hombres. Lo que atase y desatase en la tierra sería, cuando más, lazos de seda. Gracias a él no me ponían miedo las cosas de iglesia. Adquiridas no sé cómo ni dónde—entre faldas, acaso—las nociones fundamentales, era capaz de repetirlas y de fijo las repetía en siendo menester, pero no tenían sobre mí más imperio que la

geografía asiática o la lista de reyes visigodos; no habían pasado de la memoria. Llegaron misiones al pueblo. Estando en el gran colegio alcalaíno, vimos entrar en la sala de estudio dos curas, dos jesuitas, con sendos crucifijos en el pecho. La clase se puso en pie. Venían con el director, a exhortarnos que asistiésemos a la misión aquella tarde; el director prometió por todos que asistiríamos. Temeridad mayor no la he cometido. Los mismos que nos prohibían salir solos y vigilaban nuestras lecturas o nuestros coloquios, nos dieron suelta donde soplaban el vendaval de las misiones, sin mirar que podía troncharnos. Estaba la Magistral tenebrosa; en las esquinas del sarcófago del gran cardenal, guarnecido de paños de luto, cuatro luces cada- véricas llameaban en lo alto de unas pértigas, vestidas también de paños plegados, negros. No más alumbrado, fuera de las lámparas en las capillas. La turba anhelosa se apretujaba al pie del púlpito. En el raudal caliente de las palabras, en los acentos patéticos, reconocí al jesuíta que nos había exhortado en el colegio. Predicaba del infierno. Amontonaba imágenes que al punto se encendían y fulguraban, como quien saca de una leñera haces de sarmientos para meterlos en la lumbre. De las gradas de la capilla mayor se despeñó un prójimo voceando: «¡Eso es mentira!» Repuesto de la sorpresa, el jesuíta atacó al incrédulo; descargaba tajos de retórica tremebunda, a todo evento y al montón, ya que no era posible hacer puntería en lo oscuro. Con sus denuestos, acalló los gritos y sollozos de las mujeres, y se remontó victorioso, cerniéndose sobre el auditorio impregnado de su emoción misma. De pronto sentí que todo eso iba conmigo, por modo personal, y exclusivamente; el jesuíta vociferaba mi historia secreta. Una mano saldría de las tinieblas, y asiéndome por los cabellos me levantaría en alto, para que todos supieran de quién se hablaba. El horror venía sobre mí. Algo iba a descubrir que yo no quería que fuese. Me resistía. ¡Oh! ¡Si cerrar los ojos hubiese bastado!

## LA PLUMA

Busqué asidero; quise durar más en la vida de entonces—¿no era aquello irse muriendo? No pude; rodé al precipicio; lo que no podría dejar de haber sido, fué. «¡Que Dios os toque en el corazón!», clamaba el jesuíta. No lo pidió en vano. Con un vuelco de las entrañas me deshice en tantas lágrimas, que al volver a casa me escondí porque no advirtiesen las huellas del llanto.

El régimen del Escorial en las devociones captó esa vena, y fué sangrándola; cardó la pasión, dejándola presentable y dócil, de agreste que era. Al convertirme, no di en beato, no me comía los santos, ni rezaba apenas. ¡Qué más oración que esa llama y la resolución del alma implorante para entregarse en el momento actual, sin esperar al que sigue ni precaverse con sacrificios y preces! Quería forzar el destino, enmendarlo; escardar en la conciencia lo corrompido; y no pudiendo, desde la aspiración a crear un sér nuevo, caía en aborrecer al antiguo. Los frailes me volvieron a la razón, por sus pasos contados. Me explicaron mis creencias; me miré en otros ejemplos; supe lo que podía esperar y temer; algunas congojas se desvanecieron. La asistencia en tantas misas, rosarios, confesiones, los ayunos, las vigili-  
as, me habituaron a la religión reconciliada con la vida, como parte de las costumbres que tiene su hora, su medida y su término. Efecto notable del hábito fué curarme de aquella niñería de la pureza absoluta, del rigor intransigente que pedía mi lógica destructora. Una criatura visitada por la gracia, no podía menos de querer morir al punto, y si la muerte no llegaba, ir en su busca, como los niños mártires de Alcalá fueron a que los descabezasen. De ese pensamiento vino mi repugnancia por la medianía, y el susto de un fraile oyéndome decir, con heroísmo desesperado, que prefería condenarme desde ahora a ir todos los meses, por reglamento, a confesar los mismos pecados. Entre el destino del réprobo y la vocación del mártir admiti la realidad humana de vivir a trancos, como se puede, ca-

yendo aquí para levantarse allá; en fin, en un alma de niño despótico, inexorable, se insinuaba la compasión. Mis creencias echaron raíz; la sensibilidad se irritó menos. La mente adquirió la noción del deber; perdí la intuición dolorosa de haber marrado mi destino. Tuve más ideas, menos amor. De dos estilos de apacentar almas que conocían los frailes—el uno terrorífico, opresor; calmante el otro—, acabé por abrazarme con el segundo. «Todavía ayer—contaba en una prédica el Padre Uncilla—, un moribundo me preguntaba entre estertores: ¡Padre! ¡Padre! ¿Me salvaré?» Así corría el primer modo. El Padre Uncilla, que lo usaba, era barítono, buen mozo, de nobles facciones y ojos grandes, tranquilos. Con ser muy benigno y apacible, en poniéndose a catequizar se templaba en el rigorismo desesperante. Algunos acentuaban con tal energía la dificultad de llegar salvos a la otra banda, que nos persuadían, sin proponérselo, la desconfianza, y gran desmayo. Modo sedante, el del Padre Valdés. Severo en demasía era el porte de este fraile, el más afrailado y temido de cuantos entendían en nuestro gobierno. Jamás fué familiar, ni comunicativo siquiera; recuerdo su sonrisa como suceso notable por su rareza; sonreía de tarde en tarde, a su pesar, violentando su gravedad, y no tardaban sus facciones, poco graciosas, en absorber y secar el rocío de la sonrisa. Era por ventura más inteligente o tenía más experiencia del corazón que sus cofrades. Riguroso en el aula y en los claustros, dulcificábase en la capilla. No escaldaba las almas con el terror, ni las forzaba a optar entre el heroísmo y la perdición; pedía buena voluntad, no más; inculcaba la certidumbre de que el esfuerzo más humilde no quedaría estéril y sin pago. Pese a su frialdad, rendíase a la ternura delante de ciertas obras cumplidas por la religión. Un domingo de abril estábamos tres en el patio viendo los chorros gruesos de la fuente subir y deshacerse en moños de plata, cuando el Padre Valdés, que se paseaba leyendo en su breviario, se nos acercó; ve-

## LA PLUMA

níamos de la capilla; el espíritu pudiera competir en fresca tersura y novedad con el día; el cuerpo estaba en la feliz desazón que engendra un apetito violento, a pique de saciarse: era inminente la llamada para el desayuno.

—¿Habéis confesado y comulgado?—nos preguntó.

Contestamos que sí, y estuvo un rato mirándonos. Clavándome los ojos, me dió un golpecito en la mejilla, y exclamó:

—¿Entonces, estás en gracia...?

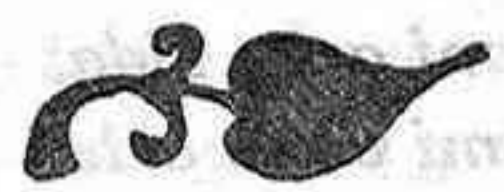
Se le saltaron las lágrimas, y se alejó sin añadir palabra, volviendespacio a sus rezos. Tras de esa efusión no me adherí más que antes a la persona del fraile, pero me aficioné a su templanza, que me aliviaba del peso de lo irremediable, y del espanto. Si hasta allí había buscado en vano la reparación descomunal que me restituyese la paz, empecé a gustarla en cuanto me persuadí que nada se restituye ni se restaura. Hice buenas migas con esta miseria: soslayar la tormenta en vez de arrostrarla, irme por caminos de travesía, acomodarme con deformidades morales, apartadas de la rectitud absoluta en que consiste el deber. La etapa en que iba entrando me parecía un fraude, puesto que mis fuerzas debieran bastar para más; y una fuga, pues desoía las voces del destino. Arrollé esos reproches. Estaba rendido. Quise descansar en una paz de esclavo. Paz sin gloria, de esperanzas humildes, profundamente afligida. Aún zumbaba la resaca de mi conversión precoz.

Entraba en la declinación de una borrasca sentimental, punto gustoso en que el ánimo, al recobrar la serenidad, se mira en la zozobra que va huyendo y en la paz que apenas llega, y tasa con más juicio el propio valor, los vaivenes pasados. El hombre que exprime ese zumo de la madurez se alegra en su sosiego apacible; se alegra con moderación, porque ha aumentado su sabiduría. Con calma podía yo mirar el espantable alboroto de mi conversión; pero mi madurez era

sin humorismo. El lastre de las creencias pesaba demasiado. Mi pasión podía haber sido fuego fátuo, viento, nada. Mas no quedé libre al volver al suelo. Esta aventura no se ganó como la del Clavileño, con sólo intentarla. Proseguiría hasta el fin; pero el fin ¿dónde estaba?

(Continuará).

MANUEL AZAÑA



(1) En este libro recogí el Sr. Irujo sus composiciones inéditas y otras no coleccionadas hasta ahora.

# CANCIONERO DE LA VIDA HONDA Y DE LA EMOCIÓN FUGITIVA (1)

## LA EMOCIÓN FUGITIVA

*En la red de mis canciones  
tengo un ave: la emoción.  
Que vuelva a los corazones  
lo que fué del corazón;  
que siempre en mis versos viva  
en el ritmo prisionera;  
que la emoción fugitiva  
se torne imperecedera.*

## BLASÓN. A LA USANZA ANTIGUA

*Es egida  
y estandarte  
de mi arte: vida;  
de mi vida: arte.*

*¡De qué modo,  
al hallarte,  
hallé todo:  
vida y arte!*

## MI PENA

*Yo digo «la pena mía»  
y la canto de mil modos;  
pero sé que mi alegría  
y mi pena es la de todos.*

(1) En este libro recoge el Sr. Icaza sus composiciones inéditas, y otras no coleccionadas hasta ahora.



CAMINO ARRIBA

*Va camino arriba el mozo  
cantando esta caminera:  
Cuando las penas son muchas,  
al juntarse se consuelan.  
Llora el pobre sus fatigas,  
aunque tiene quien lo quiera;  
se duele el rico de amores,  
pues no le quieren de veras.  
Sin dinero y sin amor  
todo es igual en la tierra.  
Cuando las penas son muchas  
al juntarse se consuelan.*



ARTE POR EL ARTE

*Arte por el arte alumbra la estrella,  
ignora que brilla, y luce y es bella.  
Arte por el arte ábrese la rosa,  
y alegre y perfuma la rama espinosa.  
Y de su divino frescor inconsciente,  
en el prado, oculta, borbota la fuente.  
Tú, de tu belleza siempre desdeñosa  
—a modo de estrella, de fuente y de rosa—  
cuando ésta perfuma y borbota aquélla,  
y lejos, muy lejos, la otra destella,  
tienes el encanto de sentirte hermosa  
sin buscar la gloria de llamarte bella.*

FRANCISCO A. DE ICAZA



## UN CUENTO EN LA OFICINA

(PAISAJE DE LA JUVENTUD)



UANDO yo era joven, casi un muchacho, trabajaba en el escritorio de una fábrica de mi pueblo.

La población era muy pintoresca, en una alta planicie, rodeada de grandes montañas y de caminos que iban al otro lado de la divisoria. Las alamedas a la orilla del río tenían una belleza exquisita de soledad. Yo paseaba en los anocheceres, precisamente cuando los pocos paseantes del campo regresaban a los soportales de la villa. Era el momento indeciso de llegar la noche lo que tenía para mi corazón una misteriosa belleza en las alamedas solitarias de aquel río, y por allí soñaba yo los cuentos que escribía para el periodiquito de la localidad.

En la oficina yo era el último de los empleados, y tenía la obligación de acudir el primero y de salir el último. Yo cerraba a la una y media y subía la llave a la casa del propietario del negocio, que la tenía, maravillosa para mí entonces, en los dos pisos del inmueble que estaba en la plaza de la villa romántica. Esto de ser el último de los empleados, y ser, a la vez, un joven aficionado a leer y escribir, me tenía el corazón un poco entristecido: lo bastante precisamente para sostener la necesaria tensión poética de un joven que aspiraba a ser escritor. El último puesto en la oficina me obligaba a varios menesteres; voluntarios, unos, y de mi cargo y responsabilidad, otros. Por ejemplo: yo salvaba en muchas

ocasiones a uno de los viejos empleados, que el pobre se emborrachaba habitualmente y no podía cumplir muchos días con su obligación. Yo era el encargado de llevar notas y advertencias a la administración de la fábrica, adonde se iba cruzando el río por un puente de madera, cerca de un molino rodeado de sauces, de campo y de arroyuelos que bajaban de la presa. En la fábrica veía la tragedia del trabajo infantil, pues ayudaban los chicos de trece y catorce años en la tarea de producir objetos de cristal. Esta visión de los niños en el trabajo, en los días de mucho calor o en los días de lucha con la nieve en las calles, me enternecía como si fuera el hermano mayor de aquellos obreritos...

En razón también de ser el último empleado de la oficina, yo me quedaba casi solo en ella desde las doce y media hasta cerca de las dos. Los empleados de más categoría iban marchando poco a poco, y yo aprovechaba aquella hora para escribir mis cuentos: realmente, yo acababa mi trabajo, y a veces el del pobre empleado viejo y borracho, para las once y media o las doce, y desde aquel momento me aplicaba disimuladamente a mi literatura. O leía, teniendo mucho cuidado de que no me vieran, o escribía en las vueltas de los sobres usados, como fingiendo operaciones matemáticas. Todos mis cuentos de aquella época fueron escritos así.

Un día publicó el periodiquito un cuento que yo había titulado *El prensa papeles*. Era el prensa papeles una mano auténtica de mujer. Se trataba de un médico, que de estudiante había querido a una mujercita preciosa, y que un día volvió a hallarla muerta en una mesa de autopsias. Como las manos de aquella novia le habían impresionado tan amorosamente, él cortó una de aquellas manos bellísimas, la embalsamó como un artista y la engarzó en oro, para tenerla en su mesa y verla y acariciarla siempre.

El médico era viudo y vivía solo con un hijito. Un día, el niño, recién puesta la mano en prensa papeles sobre unas cartas que aquella misma mano había escrito, corrió asustado llamando a su papá, porque la mano había hecho una acaricia al chiquitín...

Sea porque yo había puesto todo mi pobre arte en hacer el cuento,

## LA PLUMA

sea porque la descripción de aquella mano había conmovido a todos de un hondo sentimiento de belleza, el caso es que, en fin, dijeron algunos señores que mi cuento era muy bonito; llegué a saber también que ciertas muchachas de la villa habían dicho que era un cuento encantador.

Era en los días de julio, y había llegado ya a casa de mi jefe uno de sus hermanos con las dos hijas que tenía. Yo iba hacia la fábrica a llevar una nota de administración, y en el puente de madera tuve que cruzar con aquella familia. Pensé pasar tímidamente, casi inadvertido; pero el hermano del jefe me detuvo, y me vi en medio de aquella familia distinguida, todo acobardado. Me dijeron:

—Es muy bonito el cuento de esta semana.

Me dieron la mano todos, saludándome, y bajo la sombra en que estábamos sobre el río, la mano de la hija mayor vino hacia mí en un claro de sol... Tenía yo diez y nueve años, ganaba muy pequeño sueldo, vivía como jefe de familia, entre mi madre y mis hermanos. Aquellos señores habían conocido a mi padre, que se había muerto en el trabajo de la oficina. Aquel puente, aquella fábrica y aquel paisaje eran mi propia vida. Se comprenderá, pues, la gran emoción de aquel momento para un pobre muchacho como yo. Salvo la muerte en casa, nunca he pasado por una intensidad de vida interior como la de aquel día entero.

Uno de los siguientes yo estaba en mi pupitre, a la una de la tarde, leyendo ya en la soledad de la oficina. Me pareció haber oído un ligero rumor de pasitos en la escalera. Otro día, en el mismo silencio, también oí un rumor que no parecía de ser viviente, es decir, que daba más bien una impresión de sombra o de perfume, una sensación de que había algo en torno, muy alado y sutil. La puerta de entrada a la oficina estaba a la izquierda de la escalera de la casa. Después, ya dentro del escritorio había una mampara de madera, pintada de blanco, y una ventanilla para despachar el cajero. Al lado de la ventanilla había una carpeta negra, de piel, para firmar sobre ella. Yo trabajaba aquel día con una emoción de lágrimas, en un cuento que se titulaba *El cartero*, cuyo asunto era la conmovedora emoción de un hermano mayor. Oí dar en el reloj de la plaza la una y media y me levanté para cerrar y subir la

llave. Al volver la cara vi que sobre la carpeta de la ventanilla del cajero había una mano maravillosa, como la del prensa papeles. Blanquísima, sin alhajas, que era como yo elogiaba la divina hermosura de aquella manita de mi cuentecillo. Engarzada en oro también, porque en la muñeca resplandecía una pulsera...

Fué un minuto de maravilloso ensueño. Y yo vi claramente, serenamente desaparecer en seguida la mano de sobre la carpeta negra de piel; y yo oí, también claramente, el rumor alado y sutil, la impresión de que había cerca de mí una sombra o un perfume que vivían.

Guardé mis cuartillas, o mejor dicho, mis sobres usados, con el nuevo cuento para el periodiquito; cerré, subí la llave y llamé, con no sé qué esperanza, en la puerta.

—Va usted muy tarde a comer. ¿Por qué no cierra otro empleado la oficina?

Y una manita resplandeciente, con muñeca de oro, recogió la llave, como a la puerta de un palacio encantado...

R. SÁNCHEZ DÍAZ





## EL HOMBRE DEL SOMBRERO GRIS

**P**ARECÍA como si alguien hubiese dispuesto de propósito aquellas luces con atención y cuidado: sofocada la una por no sé qué velario que de color de sangre parecía; la más despabilada, en medio de la sala, precisamente al lado de la puerta, y otra, en fin, temblorosa y azulada, allá lejos, donde blanqueaban las últimas camas. El techo de la sala parecía altísimo; pero mirándolo de lejos, y con ayuda de aquellas luces, hacía casi convexo, y diríase que se apoyaba por entero en los tubos de las tres grandes estufas, que nadie se había acordado de encender. El aire era denso, pero no deletéreo, y a no haberlo irrigado de cuando en cuando el olor del ácido fénico que salía de alguna cama, o entraba por alguna puerta invisible, hubiérase dicho que era incluso puro aquel aire. Aun antes de entrar en la sala inmensa había yo tenido la impresión de un pájaro que se pierde en una nube espesa y negra en una hora de temporal, y no sabe dónde podrá ir a parar, ni si aquella nube tiene márgenes y límites. Incluso la mirada de los porteros se me antojó hipócrita y burlona, sobre todo cuando me abrieron la salida del patio donde se ven las puertas de las cámaras mortuorias: cerradísimas en apariencia, pero que hasta una mano de niño podría hacer girar sobre sus goznes. Un hospital: con las hermanas,

los médicos, las salas de operaciones; en el que los hombres, a menos que se les rompa algo de su mecanismo orgulloso, evitan entrar y hasta enterarse de que existe. Como yo, que entraba en él por vez primera, y en una edad en la cual puede causar asombro, en último término, la imagen alegre de la vida, que no ya la desconsolada.

\* \* \*

Una vez bajas todas las luces, como si aquella penumbra les quitase hasta el respiro, los tres enfermeros de guardia encendieron una lamparilla, y, bajo sus rayos, se reunieron. Callaban, mirándose: uno, alto, grueso y afeitado, con cabeza de toro; otro, tan rubio, que la cabellera, abundante y lisa, se le convertía en blancuzca bajo aquellos rayos; el tercero, con enormes orejas, que le aplastaban y alargaban el rostro, más bien fuerte y duro. Los dos primeros sentáronse al cabo; pero el tercero permaneció en pie ante la mesita, como si tuviese él solo, con aquellas orejas, la obligación de recibir las llamadas de los enfermos. Pero los enfermos no llamaban. Sobre los alineados lechos buscaban los cuerpos, fatigosamente, una postura firme para dormir, y sólo se oía la respiración afanosa de las gargantas más próximas y más atormentadas. Pocos habían encontrado en seguida el sueño, y golosamente, celosamente, complacíanse en él con pequeños resoplidos que parecían gritos de gozo reprimidos. Alguno tosía y espectoraba, pero se comprendía que era más por distraerse o hacer tiempo que por necesidad; mientras un enfermo de epilepsia, llegado aquella misma noche, y ya sin conciencia, salía de cuando en cuando con un grito ronco, como si con ello quisiera ayudar a la sangre a hervir más de prisa. Pero los tres enfermeros no escuchaban, y cuando uno de los tres, el afeitado y alto, abrió un periódico, los otros dos le rogaron que leyese también para ellos. Aquella voz baja, pero igual, no podía llegar muy lejos: con todo, se vió en seguida que dominaba todos los demás ruidos de la sala, y a nadie le gustaba. Chirrió de pronto la puerta; detrás del biombo, los enfermos despiertos buscaron al punto la sombra del que entraba. Era una monja. Los enferme-

## LA PLUMA

ros dejaron de leer; la monja, como si tuviese alas, estaba ya a la mitad de la sala, y se deslizaba, presurosa, de cama en cama. Entonces el enfermero empezó a leer de nuevo; sólo el de las orejas largas fué hacia la monja, con intención de alcanzarla. Pero aquel blanco y negro mal fundido se le escapaba; tuvo que alargar el paso y casi correr. Se detuvieron ambos ante la cama del epiléptico, mirándose sin hablar. La monja, con las dos manos sepultas en las mangas del hábito, abría y cerraba los ojos; pero cuando el enfermero se apartó y encendió una lámpara sobre el lecho, soltó las manos a toda prisa, y le siguió, como si quisiese pegarle. Pero no; se detuvo, y, sin parar mientes en el enfermero, se inclinó sobre el enfermo, susurrándole algunas palabras. Como si el coloquio aquel le diera celos, el enfermero jugaba en tanto con la mano sobre la llave de la luz; pero se comprendía que no le daría la vuelta sin el consentimiento de la monja. Al cabo, ésta se alzó, se volvió, indicó al hombre que apagase. Pero el otro no parecía entender, y la miraba embobado. Un grito del enfermo los estremeció a los dos, y mientras la monja, horrorizada, echaba a correr, el otro apagó la luz. Se volvieron a encontrar, poco después, ante otra cama, donde yacía, no tendido, sino enroscado, un hombre gordo y larguísimo, que movía la cabeza sobre la almohada, una cabeza lanosa, y con las extremidades golpeaba a veces sobre los pies de la cama. La monja le susurró algo; como si tuviese miedo, se retiró luego, con un movimiento tan convulso, que del pie se le escapó una pantufla. El enfermero se inclinó a recogerla; pero ella, más ágil que él, habíase ya calzado de nuevo. En medio de la sala, se miraron, mudos. El enfermero reía. Ella no se rió, pero remangó las aletas de la nariz, como si, no pudiendo con los ojos, quisiera reír de aquella suerte. Luego, siguieron la visita, pero más tranquilos y despier-tos, tanto que se asomaban apenas sobre la cama de los enfermos, sin arreglarlos ni interrogarlos. Ante un crucifijo, la monja se inclinó; el enfermero, que la seguía, fingió no verlo, yéndose derecho hacia otras camas de la sala.

Los otros dos enfermeros habían acabado de leer, pero no apagaban las luces todavía. Uno, el alto y afeitado, daba vueltas y más vueltas a



una manta de lana amarilla, doblaba en cuatro; no se sabía si para buscar algo en ella o para echársela encima. Por fin, se decidió, y abriéndola cuan ancha era, se tapó los hombros y el pecho. Oíanse, lejanos a la sazón, los pasos de la monja sobre el pavimento, y los del enfermero, más sonoros, menos cuidadosos; pero los enfermos no se preocupaban de aquel ruido, ni del enfermero que se había tapado, y buscaban, con trabajo y suspirando, una postura para dormir. Uno, de orejas tan rojas que, sobre la almohada blanca, parecían completamente negras, encendía un cigarrillo tras otro, con un ansia nerviosa que le hacía temblar de pies a cabeza. Pero no suspiraba ni se fatigaba como su vecino, un viejo, estrecho de hombros y todo derrengado, que subía y bajaba del lecho, sin decidirse a beber o a orinar: no se comprendía a qué. Y cuando se echaba de nuevo, se enroscaba sobre la almohada, tropezando las más de las veces con las columnitas de la mesilla, que tintineaban con cierto ritmo. Otro, pero a éste había que mirarle de lejos, tan encerrado en la sombra estaba, se quejaba con los brazos en alto, como si su aliento le pareciese harto próximo y quisiera con aquellos gestos y sonidos alejarlo. Y no era el único que se lamentaba. Cuanto más avanzaba la noche, más avanzaba la inquietud y el desasosiego, con ronquidos y lamentos que en la sala, vastísima, pero cerrada, se propagaban, graves y macabros. La monja había desaparecido (no se sabía por dónde), y el enfermero que la había seguido en aquella visita, se había quedado al fondo de la sala, al pie de un altar. El enfermero afeitado, apoyada la barba en los codos, dormitaba, mientras el rubio, con los ojos fijos en el techo, encendía y apagaba una pipa corta, la cual sólo a largos intervalos echaba humo. Sobre todos, sanos y enfermos, pesaba algo, pero no se sabía qué, pues que el techo era abovedado, altísimos los ventanales, y las estufas, aunque voluminosas, fuertemente plantadas en tierra.

\* \* \*

El amigo a quien yo velaba dormía, y sólo a veces movía la cabeza, abría los ojos y pedía de beber. Le servía al punto, y aquella distracción me arrancaba de la helada somnolencia de la espera. Porque también yo



## LA PLUMA

aunque sano, esperaba con ansia la mañana, que me parecía que había de tardar todavía no sé cuántas horas, y nacer, no allá tras los cristales de las ventanas, sino del pavimento frío donde descansaban mis pies, o de la silla de hierro en que me sentaba, empezando a calentarme levemente, primero las puntas de los pies, gélidas, y luego, poco a poco, todo el cuerpo. El viejo derrengado continuaba subiendo y bajándose de la cama, con grandes suspiros; pero el de las orejas rojas, que antes fumaba, dormía con los brazos enarcados y respirando fuerte.

Debía de haber pasado, mucho tiempo antes, la media noche, porque el aire se había hecho elástico y ligero, no ya pesado y enrarecido; y allá arriba, por la ventana que frente a mí tenía, veía alargarse una estrella enorme, como si quisiera consumirse del todo en aquel juego y, acabando en punta, meterse dentro. Ya fuese que el alba se aproximara lentamente, ya el frío que me daba la impresión de tener los pies en un lodazal o entre la nieve cuando empieza a deshacerse, llegó un momento en que no pude seguir sentado. Mi amigo respiraba tranquilo en su sueño: los enfermeros no se preocupaban de mí; así, pues, me levanté poco a poco y cautamente di unos pasos por la sala. Me pareció que de pronto se callaban todos los ruidos, como si los enfermos tuvieran miedo de que oyera sus suspiros y quejas una persona viva y sana, que podía andar y moverse a su antojo. Incluso los enfermos que roncaban, debilitaron temerosos, o tal me pareció, el flujo y reflujo de su garganta. No me alejé mucho de la cama de mi amigo; contando los pasos entre la orilla de su lecho y la estufa más próxima, procurando no hacer ruido e incluso contener la respiración. Me encontré en un momento dado ante el crucifijo que la monja había saludado con una inclinación, y mirándole, me maravillaron sus ojos, tan abiertos, que parecían risueños. No tenía labios, de suerte que la boca monstruosa, bajo aquellos ojos dilatados, parecía contraída en una mueca. Aparté de allí la vista, pero me encontré ante un enfermo con las pupilas dilatadas y vítreas, que me miraba fijamente, enemigo. Sus bigotes, de un rubio sucio, eran tan hirsutos, que todo el rostro, flaco, descarnado, parecía, a su vez, punzante. «¿Qué quieres tú aquí?» parecía decirme, aunque su boca cerrada

ni aun al respiro se diría que daba paso. Volví la cabeza confuso, pero otros dos ojos, desde la cama frontera, se fijaban en mí, emergentes de una cabeza rizada y de frente estrecha, que relucía por el mucho sudor.

Me volví a acercar a la cama de mi amigo; pero también él tenía los ojos puestos en mí, y me observaba como si no me conociese. «¿Estás mejor?», le pregunté con dulzura. Pero no me contestaba, manteniendo sobre mí aquella mirada fría y reluciente. «¿Quieres beber?», añadí. Él indicó: sí, sí; pero cuando le alargué la cuchara escupió contrariado y me pareció que murmuraba: «¿Qué haces aquí?». Y tras esta frase, una sonrisa entre de hastío y de pena. Le acaricié la frente, le subí la colcha; pero él, sin cambiar de fisonomía, volvió a cerrar los ojos para dormir. Un enfermo rompió en aquel momento en un golpe de tos, tan violento, que se incorporó con el esfuerzo hasta mostrar incluso las piernas peludas y arqueadas. Así, cubierto en el lecho, estuvo unos segundos, intentando deshacer el nudo que le ahogaba, ayudándose con brazos, hombros y cabeza. Pero como no lo conseguía tuvo que acudir el enfermero, que dormitaba al pie del altar, con un gran recipiente gris que me pareció que debía pesarle en las manos enormemente. El hombre que tosía se agarró ávido a la vasija y bebió celosamente como un niño el biberón. Pero, al beber, la garganta le borbollaba, mientras sus ojos lacrimosos me miraban, me pareció que con ira.

El epiléptico callaba en su cama lejana; pero yo sentí que también él, a su vez, había de salir presto con un grito o un estremecimiento. En efecto; como un pájaro grande que da con las alas en un cristal, afanándose con el pico y ayudándose de las patas, el epiléptico empezaba a moverse en la cama, resbalando los pies, las manos o no sé qué; de pronto dió tal alarido, que toda la sala se estremeció. Pero el alarido aquel no conmovió en modo alguno a los enfermeros ni a los enfermos despiertos, los cuales pareció como que se complacían en aquella nota audaz y desentonada que habría arrancado a los sanos y convalecientes de su sueño reparador.

El hombre, ayudado poco antes con el oxígeno, dormitaba, a la sazón, si bien afanosamente; mas de improviso se arrodilló de nuevo en

## LA PLUMA

la cama y como por llamar mejor al aliento que le faltaba, agitaba los brazos en cruz. El enfermero de las orejas de soplillo corrió otra vez con el recipiente, pero el enfermo no lo quería, lo rechazaba. Su agitación era tan desesperada, que también los otros dos enfermeros se sobresaltaron, y, levantándose, acudieron. Uno de ellos, el rubio, dijo: «¡Una inyección, una inyección!» Y luego, armado de gruesa jeringa saltó sobre él y echándole a la fuerza sobre la almohada, le punzó. El hombre pareció tranquilizarse, murmurando en voz baja palabras inconexas. Luego tosió y rascándose miraba adonde yo estaba, como si yo fuera la causa de su sufrimiento y quisiese reprochármelo. Yo respondía tímidamente a aquella mirada pero, de pronto, movido de no sé qué impulso, me acerqué y murmuré a su oído: «Ahora estás mejor, ¿no es verdad?» Con dilatados ojos me miraba sin responder, pero una vez que los enfermeros se alejaron, me hizo señas de que me inclinase, a lo cual obedeciendo yo, se golpeó el pecho y exclamó:

—¡He aquí el hombre!

\* \* \*

Ya no veía la estrella, que poco antes ardía tan viva a través de la ventana, empobrecida y enturbiada como por una neblina entre amarilla y cenizosa, cuando en esto, el epiléptico empezó a moverse y gritar de nuevo, y esta vez con tal terquedad e insistencia, que los tres enfermeros tuvieron que alumbrarle con la lámpara que estaba sobre su cama y ayudarle todos tres con no sé qué manipulaciones e instrumentos. La sala parecía participar en el sufrimiento del desgraciado, clareando en una luz amarilla que parecía filtrarse por los muros, por el suelo o por las blancas camas, y en vez de acallar, robustecer aquellos gritos. Aun sin la lámpara, y no se sabía cómo sucedía aquello, veíase al enfermo y algunas caras y ciertos rincones que por la noche estaban en sombra; y más puertas; y hasta una alacena cerrada con cristales, especie de guardarropa allá en el fondo. Mirando a través de las ventanas, aquella ne-

blina que enturbiaba la estrella no se mostraba ya de un amarillo ceniciento, sino de un verde tímido, como algo fugitivo o completamente líquido que lentamente se deshacía hundiéndose en no sé en qué bártro. Los enfermeros maniobraban aún en torno a la cama aquella, de la cual, por lo demás, no salían ya los aullidos de antes. «¡Le han matado!», dije entre mí; y los enfermos que se asomaban desde sus camas con rostros tranquilos y compuestos, los enfermos también debían pensar lo que yo pensaba, porque, meditabundos y serios, se miraban unos a otros. Un enfermero, el rubio, fué de una carrera al extremo de la sala y volviendo con unas angarillas, se detuvo de nuevo ante la cama, mientras los otros dos enrollaban mantas, levantaban y bajaban una sábana, abrían y volvían a cerrar los brazos. Alzaron las angarillas de nuevo, pero esta vez no fué uno sólo. El de las orejas largas, y el afeitado y severo, habíanse reservado silenciosamente tal cometido; pero se comprendía que el rubio no los envidiaba; él, que poco antes las había llevado solo y corriendo. Las angarillas pasaron por delante de mí; no iban de vacío. Un cuerpo humano envuelto en una sábana, hundíase en la lona.

Miro, no comprendo; pero los ojos de los enfermos, que ahora distingo con claridad, los ojos de los enfermos me explican lo sucedido. Y también una voz que surge de un lecho lejano, donde un hombre joven y gordo, con un rostro sin pelo de barba, se toca las piernas amputadas, dos enormes muñones vendados de blanco, que dice: «Mejor sin piernas que así». Y ríe con risa gutural.

\* \* \*

Me encontré de pronto en la escalera; corría. Tal vez alguien había ido a relevarme junto a la cama de mi amigo; pero quizá obedecía a la curiosidad de seguir aquella camilla, por ver adónde iba y a qué. No me parecía posible que aquel hombre, antes vivo y estentóreo, fuese ya cadáver, y que abandonase aquel lugar, precisamente cuando se veía tan bien y la sala no daba miedo alguno.

## LA PLUMA

Los enfermeros bajaban cautos las escaleras y yo los seguía, pero como un sonámbulo, cual si a través de aquellos corredores y escaleras no hubiese otro guía: el muerto en la sábana blanca. Y me maravillaba que las puertas de los corredores no fueran también como, las blusas de los enfermeros y la sábana, cándidas, y la luz menos difusa y clara que en la sala.

En un recodo de la escalera, topo con un hombre. Yo quiero seguir al muerto, ver adónde va y para qué; pero el hombre me toca en la espalda y me apostrofa. Los enfermeros han desaparecido ya con su carga, y el hombre me sujeta y me interroga febril: «¿Qué hay en esa sábana?» ¿Sé yo lo que hay en la sábana?

Sí; lo sé muy bien; en la sábana hay un hombre, un muerto,  
—¿Quiere usted decírmelo? ¿Sí o no?—insiste el hombre, casi llorando: —Mi hermano estaba gravísimo ayer noche.

A estas palabras me estremezco y le miro. El hombre es gordo y orondo, y lleva puesto un sombrero gris que por milagro se le sostiene en la cabeza; casi se le escapa.

—¿Quién es?—repite afanoso.

Le miro estupefacto; luego le digo (y no sé por qué se lo digo):

—¿Usted está sano o enfermo?

El hombre mueve la cabeza, tiembla, balbucea, repite:

—¿Quién es? Dígame, se lo ruego, si es él.

Pero yo me tiro a su cuello y vuelvo a preguntarle (no sé por qué se lo pregunto):

—¿Está usted sano o enfermo?

Se echa a un lado por escapar de mí y los ojos empiezan a llorarle, la garganta le solloza:

—¡Por amor de Dios! ¡Dígame si el muerto ése era un epiléptico!

Pero yo no le suelto, y cuando al fin se me escapa, baja las escaleras y vuelve la esquina atemorizado, yo le sigo gritando:

—¿Está usted sano o enfermo?

En la portería le detienen a él y me detienen a mí. Tras una puerta abierta en el patio, se entrevé una cosa blanca que se mueve: las anga-

rillas están apoyadas en la pared, vacías. Aquellos porteros escépticos le encaminan a él a la cámara mortuoria; a mí, persuasivos y condescendientes a la puerta exterior. Estoy en la calle y en una franja de sol blanco; pero como siento entre mis dedos algo que no es mío, que me tortura, me miro las manos en aquella luz cegadora, y me sorprendo con el sombrero gris de aquel señor, estrujado en el puño.

MARIO PUCCINI

EL NOVELISTA

---

CANTA MI CORAZÓN COMO UNA FUENTE...

*Mi corazón (como mi verso) es claro:  
hallé en mi sangre f<sup>l</sup>érvida el venero  
en que ha de constelarse el desamparo  
de la rubia mujer que ya no espero.*

*(Hada inefable que doró mis sueños  
con la dulzura de su cabellera  
y que guardó en sus párpados sedeños  
la visión ruda de mi primavera.)*

*Caen las lunas sobre mi tortura  
con una igual indiferencia, fría,  
en el silencio de la noche oscura.*

*Ya la he perdido (irremediablemente)  
y ante el abismo de la lejanía  
canta mi corazón como una fuente...*

R. MEZA FUENTES



# EL NOVELISTA

(NOVELARIO)

(CONTINUACIÓN)

II

**P**ERO entre todos los faroles de la ciudad, uno de ellos, el 185, es el que ha de figurar en esta novela, plantado en el rincón de la Calle del Murallón, esquina a la del Trinquete, a la que las gentes llaman desde no hace mucho La del misterio.

El farol 185 ocupa la esquina precisa de la calle, dejando apenas que pase una persona entre él y la pared. Enjabelga con su luz la pared, desconchada y sucia, frente a la que luce y traza un cuadro de luz a sus pies, como proyección suya, en la que trazan sus radios los emplomes de sus ladrillos.

Lo único que le asusta al farol son los vientos que soplan por su esquina y que allí hacen un tiro atroz, habiendo días en que han estado para tirarle, aunque en esta ciudad de los madriles no hay viento que pueda tirar a un hombre ni apagar un farol por más que se revista de los más terribles aspectos de ciclón y hasta arranque un árbol, pues es más fácil desarraigar un árbol, porque todo él ayuda a ser desarraigado, que tirar a un hombre o apagar un farol.

«Se creerán que no pasa nada en la noche», pensaba el 185.

Aquel era el paso para una casa misteriosa y empersianada, la casa de huéspedes flotante, la casa dispuesta para que los huéspedes se mirasen a los espejos.

Por allí daban la vuelta y se paraban un momento bajo el 185. El farol dicharachero, ducho en esas lides, les animaba, influía en ellos, sin que ni



*uno ni otro se acabasen de enterar de quién había sido el soplo divino de la decisión.*

*El número 185 generalmente estaba de más, mirándose en uno de los cristales de su vitrina como en un espejo, y soplando el fuego interior que le abrasaba por los redondelitos que había en su tubo, verdaderos agujeros de la nariz del farol.*

*Ahora estaba un poco descuidado. El farolero cada vez venía menos por él y se le iba saltando a la torera, a la garrocha mejor dicho, aunque resultaba tan visible por el punto estratégico que ocupaba, que en seguida había un inspector que lo denunciaba.*

*Ya hacía tiempo que no tenía aquel tubo de repuesto que antes siempre dormía al lado de su luz enhiesta, como sustitutivo en caso de desgracia, como elemento de salvación para no pasar una noche entera a oscuras. ¡Qué ánimo y qué confianza le daba el tubo de repuesto! Y se daba el caso de que estando tan a la mano el tubo nadie lo había robado nunca. La peor gente respeta los faroles de las ciudades civilizadas, y los ladrones lo roban todo menos al farol.*

*Era rico con el tubo que tenía de más, pero ahora se le pasaban temporadas muy largas con el tubo quebrado o almenado por la ruptura. ¡Gracias que tenía gran presencia de ánimo!*

*El 185 no veía desde su sitio más que otro farol, el número 63, de otro distrito, porque la acera del farol 185 era del distrito número 5, y en la que emergía el 63 era del distrito número 4, acabando en ella la jurisdicción de la autoridad del barrio.*

*—Pertenece a distinta república—se habían dicho en broma muchas veces los faroles a través de la noche.*

*—Si hay escándalo en tu acera irán a una comisaría, y si es en la mía irán a otra...*

*—El que esté dispuesto a cometer una fechoría, debe pensar qué autoridad le corresponde... El «Miri» nunca pega las bofetadas a la Antonia en la acera tuya, sino en la mía; porque si va a mi comisaría, el juez es más asequible a una influencia.*

*—Qué rabia le da al sereno Borza cuando tiene que ser él el que lleve a las gentes a la comisaría número 4, porque es la más lejana del barrio... Para él, todos los crímenes se cometerían en la acera del distrito 5 si no protestasen los vecinos, y todo porque es de la que le coge más cerca la comisaría.*

*Así charlaban en interminable charla los dos faroles:*

*—¿Y esos?—le preguntaba el farol número 63 al 185.*

*—Esos... Pues hacia el reposo...*

—¡Cómo la empuja él!

—La capa se ha hecho para empujar a las mujeres y para disimular el empuje...

En los silencios cantaban los dos pobres faroles guajiras y otras composiciones menores y recatadas que se lanzaban mutuamente para darse ánimo, para quebrar los hielos de la noche.

De nuevo una pareja se paró en su esquina, allí donde todos se sentían entre bastidores de la escena y no se atrevían a pasar al proscenio.

—Mira, Manuel; no puedo...

—Pero, mujer, después de haber llegado hasta aquí...

El farol número 185 conocía ya mucho aquel argumento de «haber llegado hasta allí», que para todos era algo decisivo cuando no podía ser más trivial.

El farol número 185 dió más luz a su mechero, que era como él sonreía y daba optimismo a los indecisos.

—Después de todo, un día tenía que suceder; ¿por qué no ha de ser antes que después?

—Sí... Pero esta noche parece que puede haber alguna desgracia... Es hoy sábado, el día de las borracheras y de la policía...

—No seas tonta... A esta hora, no...

—Si apagas el farol... Pero puede haber asomado alguien a los balcones de esas casas.

El farol insistía con su luz por lo bajo, demostrándole que nadie querría reconocerla porque la noche era fría y estaba llena de impasibilidad.

«Cómo son estas mujeres—pensaba el farol—; se creen que su caso es un caso único, es el caso del mundo y de todas las estrellas.»

Ella temblaba a los pies del farol como bajo la cruz del calvario. Nunca se la olvidaría aquella escena y el farol quedaría grabado en su memoria como un atributo de su destino en la hora culminante, sin apreciar que lo que la decidió aquella noche fueron las máximas del farol...

«¿Pero no véis que en la soledad de la calle se puede decidir lo que se quiera? Considerad que sois libres, y gozad libremente vuestra libertad.»

«Todo lo que está iluminado por un farol como yo en la noche, goza de su independencia, y para fortalecerse se da esa ducha de luz de gas que brota de mí.»

El 185 les vió por fin comenzar ese paso de procesión, que reanuda su marcha en silencio, dejando de hablar de todos, dirigiéndose en definitiva al sitio señalado, ¡completamente desenfadados!

Le emocionaba al 185 ese momento y veía lo atemorizada que iba ella, empujada por el hombro de su novio. Ya aquello no tenía remedio, y el 185

*se sonreía de ver cómo lo irremediable no era casi una cosa importante ni grave, sino aquella ansiosa excursión camino de la posada en que no se pide dinero nada más que por el desperdicio de una hora, y no se necesitan papeles ni equipajes, y no impera la dura ley de «por lo menos quince días obligados».*

*El 185 echó su bendición a los que se alejaban hasta la puerta de cristales opacos, en la que ha sido suprimida la portera para que sea la casa de la felicidad.»*

El novelista se detuvo en su novela. El farol ya estaba situado. Ahora, a buscarle personajes que logren hacer variada la acción sin romper su misterio.

Las noches sucesivas se dedicó a seguir a los faroles, a perseguir sus luces.

«Se podía decir que les pretendo, que les busco las vueltas, que compruebo con los números colgados de su visera el número importantísimo de algo... Parecen vendedores de décimos con el décimo en la gorra, y a los que yo voy buscando como si uno me hubiese dado una participación que me hubiese tocado.»

Andrés buscaba en los faroles que veía, el secreto cordial que se presiente en ellos, la historia que ocultan, lo que vieron, aquel momento en que vieron escapar al ladrón con el reloj de un transeunte, llevándosele por la cadena como el que se lleva un perrito que se niega a andar, o a aquel en que vieron robar una cartera a un señor y se quedó desconcertado, más que nada porque se le habían llevado la cédula, las tarjetas, los papelitos de tafetán, todo eso que si alguna vez se tuvo tiempo de comprar ya no podrá ser reconstruido en la nueva cartera.

Andrés se dió durante varios días, largos paseos por los arrabales de la ciudad buscando faroles pintorescos, interesado por que resultase bien aquella novela que era el secreto tema de concurso que tenía clavado en su memoria desde hacía mucho tiempo.

¡Qué gran novela se puede hacer contando bien con el gran personaje sobrehumano de la noche!

El novelista sentía pensamientos súbitos bajo la luz de ciertos faroles y sacaba su cuaderno de apuntes y apuntaba clarividencias que parecía haberle inspirado el Espíritu Santo.

«Desde luego, el farol es algo muy serio e independiente que no da su luz para nadie, que se irritaría con el que se creyese dueño de su exuberancia de luz—escribía en su cuaderno de las argollas ¡pobres hojas de papel tan frías y retenidas por esos llaveros de los papelillos del verdadero cuaderno norteamericano!»

Andrés encontró faroles que le estudiaron a él más que él a ellos y le llenaron de curiosidad, pues no hay nada que haga adolecer de ese vicio, que cree con más viveza las luces de la expectación, que dé más aires de videncia al enfarolado y que le haga buscar una apariencia en la kermesse de cada farol, algo así como la presencia de nuevas Vírgenes de Lourdes, tanto que el «enfarolado» es como un lunático.

El novelista estaba empeñado en aquel compromiso de honor y sentía dentro de sí encandilado, con tanta luz como un farol, el farol de la inspiración. En su alma, como si fuese una calle, le había salido un farol, un verdadero farol, en que se apretaba y se ceñía la verdad del farol. En esas noches, perdido por las calles más angostas, que a veces era la primera vez que encontraba y recorría, encontró faroles intensos como no lo eran los de las principales plazas, faroles desconocidos, de alta cabeza, faroles como Job, faroles con intención de dar un revuelo y faroles memorialistas para el pensamiento, pues ayudaban a aclarar una idea y a escribir un preámbulo.

El novelista, obsesionado por la novela del farol 185, tuvo que dejar comenzado el manuscrito para mejor ocasión, porque si no le iba a comer la neurastenia.

El novelista, cortada en ese punto la novela del farol 185, se dedicó a terminar «El barrio de doña Benita». Ya estaba al final. Había casado a Rafael, había pintado la escena divertida de la boda y había descrito con emoción la inquietante escena de la primera Soledad en la alcoba vestida de volantes, como la alcoba para la hija del rey de los gitanos. La pasión en aquel capítulo llegó a su desesperación placentera y cruel, pues Rafael, que estuvo por preguntar, por exigir, observó con dramática pasión cómo aquella mujer tenía un miedo abnegado al engañarle, al no poderse confesar. Disfrutó de esa congoja. ¡Cuántas veces estuvo ella para confesarle la verdad y él para exigírsela aquella noche! Pero los dos entraron silenciosos en el engaño, sobre todo Rafael, que sentía el insano deseo de beberlo todos los días en la boca de su esposa.

El novelista había pintado las escenas de la vecindad en el barrio de las covachuelas y de la inclemencia, en cuya vida había cierto encanto inimitable. Se veía a los recién casados pasear por el pueblo, y Rafael observaba con los dientes apretados, pero sintiendo el brazo túrgido de su esposa enlazado a su brazo, cómo les miraban al pasar los que sabían lo del hermano. Y siempre estaba Rafael en el momento de exigirle la verdad y nunca se atrevía. Así, en esa incertidumbre y alternando con otras peripecias, había llegado la novela a sus últimas páginas, al momento en que va a llegar de nuevo el hermano.

«Sentía Rafael—escribió el novelista—que la había encontrado en pleno crecimiento, siempre en pleno crecimiento, porque Rosario cada vez era más opulenta, más mujer, y era más oscuro su pelo.

La mujer se había exaltado tanto en ella, que se iba volviendo la dueña de aquel andurrial, la provocadora de aquel pueblo, y todos pasaban por delante de la verja del jardín por verla sentada y cosiendo en medio, de él con frescura de fuente.

Rafael, siempre con ojos de haber dormido mucho, la vigilaba con temor de algo, pues su esposa era cada vez más mujer y tenía unos silencios y unas reflexiones que le atemorizaban.

«¿Quizá soy yo poco hombre para ella?», se preguntaba Rafael. Y le hacía flaquear la pregunta; era lo único que le hacía flaquear, porque Rosario era demasiada mujer y en las tardes sosegadas de verano llenaba el jardín con su perfume.

Siempre en traje de casa, Rafael ya tenía el alma vestida de traje de casa, es decir, apocada, temerosa, casera.

Veía Rafael, con intensas miradas de hombre de la otra orilla, que entre el barrio de Doña Benita y Madrid había un abismo, algo así como un río de luna y de tierra, pero profundo como un gran barranco.

¡Pero había tan gran encanto en que le tratase con dulzura aquella gran bestia blanca con voz un poco machuna!

Sus amigos fueron a verle algún domingo, aquellos amigos que habían confiado en él y le habían querido hacer el político de todos, el representante del grupo, el hombre de los cargos y de los éxitos. Cuando iban a verle mataba en honor de ellos un conejo y lo mandaba poner con arroz, y se emborrachaba un poco al sentirse encantado de vivir.

Después de aquellas cenas le dejaban medio adormilado y se iban riendo de sus suegros, y se iban todos algo enamorados de aquella mujer que parecía la estatua del vestibulo sobre la que daba la luna y hacia la que volvían la cabeza al retirarse por en medio de los campos.

«¡Pobre Rafael! ¡Está atado a unos collares de coral!», se decían, no sin cierta envidia, al pensar en Rosario, que se alhajaba, en cuanto iban visitas, con sus cinco vueltas de coral rústico, leñoso, que en conjunto tenía algo de carlanca.

Pasaban silenciosamente los días durmiendo todos la siesta en el hotel del columpio ocioso, buscando Rafael por la casa en sombra el rastro de canela y amizcle a que olía ella, su dueña, la mujer como loca que callaba su locura, que no la dejaba transparentar ni traslucir, pero en la que existía como una especie de locura latente, revelada, sobre todo, por su actitud desde hacía un año a esta parte.

## LA PLUMA

—¿Me quieres?—la preguntaba algunas veces Rafael.

—¿Qué preguntas! ¿No ves que estoy casada contigo...?

—¿Y en qué cavilas tanto?

—En nada... Hago labor y miro las flores... Siento el día... Me siento vivir.

Con quienes más hablaba Rafael era con los padres. Estaba pasmado de que las conversaciones más triviales pudiesen llenar toda una vida.

Por ejemplo, una de las preocupaciones de su suegro era la de dirigir las enredaderas hacia los balcones altos, y siempre conversaban a propósito de eso:

—¿Qué, no suben?—le preguntaba todas las mañanas cuando le veía tirar del ronzal a las flores, atándolas al bramante, de cuyo lazo no sabía cómo se desprendían.

—No... Se me escapan, y cuando las obligo mucho se me rompen... ¿Qué será?

—Que son tímidas esas enredaderas.

El suegro callaba, sin comprender su ironía, y seguía guiando a las enredaderas, que lo que no querían era asomarse a su alcoba allá arriba, quizá por no ver el juntarse de aquellos viejos esposos absurdos, monstruosos, con su tipo de animales de fábula, vestidos con esos trajes blancos o a listas con que se visten los animales de las fábulas.

—Mira—le repetía siempre en la hora de las confidencias a Rafael—, no pasaré rato más feliz en mi vida que cuando entraba por la calle de Fuencarral, a las cinco de la mañana, camino de la Puerta del Sol... Éramos, como los primeros moradores de la ciudad, sus primeros conquistadores... Tu mamá política iba sentada en una lata de petróleo, y alguna vez llevamos a Rosario, que se ponía preciosa con la basura.

—¿Y le recibía la gente en los balcones?—preguntaba con sorna Rafael.

—Casi nadie... No se habían levantado aún... Todos menos nosotros perdían esas horas santas de la mañana... Daban ganas de cantar la Marsellesa... Éramos como los mulilleros que entraban a llevarse alegremente el toro muerto...

—Me acuerdo—decía Rafael—, me acuerdo de sus alegres borriquillos, que se daban una gran importancia, como chiquillos que van al colegio.

—Eso... eso—decía alegremente el trapero cuando Rafael encontraba una imagen feliz, llegando a pedirle en muchas ocasiones como un gran favor cuando le gustaba mucho una frase: «¿Me la regalas? ¿Me dejas que yo lo diga también?»

El viejo trapero sabía poner motes a todos los del pueblo: «La poco pelo», «La moño caído», «El tío baranda», «La espulgá». De algunos mo-

tes no sabía dar explicación y tenían toda la estulticia de las palabras crecidas como la maleza.

La trapera se emborrachaba en la oscuridad de la alcoba y estaba casi siempre dormida. El gran respeto que tenía al yerno, de clase superior, no la dejaba salir de su habitación.

Siempre estaban hablando mal de las vecinas, y sobre todo la había tomado con dos muchachas a las que llamaban «las decentes» y cuyos novios saltaban las tapias de noche y se acostaban con ellas.

Rafael escuchaba; buscaba la tragedia, que crecía en el fondo de su mujer, y esperaba no sabía que.

## CAPÍTULO XXII

El sol de agosto soplabá como un soldador de vidriero sobre el Barrio de Doña Benita.

Todos huían hacia el fondo de las casas y se quedaban las alcobas sin componer, perezosas, con las alfombrillas sobre la balaustrada.

A la tarde, las que se asemaban tenían aún los rizos cogidos con papeles, como si así mantuviesen más despejado el rostro en medio del sofoco del día.

No se podía ir a Madrid, y si se iba se llegaba lleno de polvo, un polvo que no se iba de las botas aunque fuesen de charol y aunque se llevase en el bolsillo el pañolito del aseo con el que sacudirlas como criado de sus propias botas.

A veces los moradores del barrio de Doña Benita se paseaban por otros barrios tan pobres como él, escogiendo mucho la Prosperidad; pero veían que hasta aquellos andurrialeros eran más distinguidos, pues por las ventanas se veían las orlas de retratos de los que han estudiado una carrera.

Rafael se paseaba mucho solo al atardecer mirando a los balcones de todas las casas que vela en medio del campo. Parecía buscar las huellas de un crimen, el rostro de un criminal, la silueta de una mujer que se le escapó. Veía en el marco de una ventana la gran lupa del viejo que sólo así puede leer el periódico, y a través de un balcón, bajo una cama y echada sobre ella como si fuese medio hombre, una americana oscura.

Veía esas gallinas listas que se suben a los árboles que miran al fondo de las habitaciones y desde los que es fácil lanzarse a los balaustres de los balcones, y los que acuden a la llamada de una campanilla.

Los niños estaban fuera de sí y salían de todos lados, de debajo de los muebles, de los carros y como de los agujeros que se abrían en la tierra. Las niñas mismas eran bruscas y desgarradas, siendo niñas que tiraban piedras con la mano zurda.

Algunos chicos cogían cisco de las carbonerías y ponían cosas graves

## LA PLUMA

en las paredes, cosas que hacían decir a las personas mayores que eran insultadas: «Si cogiese al que ha puesto esto le mataba.» Con aquel cisco que robaban, manchaban los trajes de las chicas y lo tiraban para que las mujeres lo pisasen y manchasen todo el suelo de la calle y los portales y las baldosas de sus casas...

Parecía que iban a morir de una escarlatina súbita, pues estaban congestionados, calurosos, y buscaban las pescaderías para robar un poco de hielo para chuparlo, pasando por aquel gusto a sal que tenían los pedazos de hielo que conservaban el pescado fresco.

En una de aquellas tardes calurosas durante las que él pensaba en la noche de Rosario, como si su casa fuese un lupanar lleno de luna, se enteró por la criada de su casa, que salió a buscarle al camino, de que había llegado el hermano que la señorita tenía en América.

Rafael no se apresuró a volver, sino que buscó un rodeo para llegar lo más tarde posible a casa.

La tragedia de Rosario, lo que la hacía pensar en aquella cosa lejana y sería en que pensaba mientras cosía en el jardín, es que sabía que iba a volver su hermano y lo esperaba. Y no sabía cómo recibirlo, y quizá por entre las rendijas de todos esos pensamientos pensaba que era más hombre que Rafael...

Encontró Rafael en su boca una flema espesa, imposible de tragar, que no había sentido nunca en su boca y pensó: «Todos creen que yo no estoy en el secreto... Ella sobre todo no se lo supone siquiera... Yo vigilaré con condescendencia hasta la hora fatal, en que tendré que matarle... Porque ella está muy hermosa y él no podrá olvidar lo sucedido... Tendré que matarle a él... Y si ella me insulta, a ella también...»

Por fin se decidió a entrar en casa. Iba con miedo y repugnancia a la manera sonriente y llena de inocencia con que le iban a presentar al hermano.

En efecto; Rosario, alegre, llena de una impúdica franqueza, le presentó al hermano.

—Mira... mira... Aquí está... Este es mi marido... Y tú, Rafael, aquí tienes a mi hermano Fernando.

El hermano, con cierto odio contenido, le saludó. Había desprecio también en su mirada y todo lo hacía con desfachatez, porque sabía que Rafael no se podría imaginar la verdad.

¡Ah! Y Rafael veía todas aquellas bajas pasiones y todas aquellas complicidades, claras, sin tapujo, sin el más mínimo antifaz.

¡Ah, pero él tenía que ser el inocente hasta la hora fatal, la hora en que no había pensado, porque no se había podido imaginar que volviese nunca



el hermano! Aquel cinismo le haría fuerte, sigiloso, certero. La flema más espesa de su vida le hacía flemático.

Hubo una gran cena, y aun a trueque de que el conejo saliese duro, y sin tener en cuenta que el arroz no estaba bien de noche, se comió un gran arroz con conejo.

Los padres, con su innobleza disimulada de siempre, se iban metiendo en la borrachera a propósito de «la vuelta del hijo prodigio», como decía la madre, en vez de decir pródigo.

Rosario tenía la maldad humana encendida, y como estaba permitida una gran alegría, apenas se envolvía en la hipocresía. Su adulterio por eso en vez de tener esa blancura mate de los adulterios brillaba con destellos irresistibles...

Rafael que antes de cenar había subido un momento a su cuarto, sentía en un bolsillo el peso del revólver, dándole ese peso cierta tranquilidad en la cena desvergonzada.

Fernando delataba a la familia, revelando la familia de gitanos que era. Era un verdadero gitano de ojos osados y de boca de zorro. Contaba sus aventuras en América como un domador y de vez en cuando se daba golpes en los bolsillos del chaleco para decir:

—¡Aquí hay plata! ¡Aquí hay plata!

Para terciar en la conversación Rafael se propuso azuzar su ensañamiento provocando con preguntas en apariencia simples contestaciones irritantes:

—¿Y cómo encuentras a Rosario?

—¡Hermosa, más hermosa que nunca...!

Rafael sonrió con una extraña sonrisa friolenta al oír aquello y miró a Rosario esperando que ella le dedicase el rubor que la mujer propia dedica al marido cuando alaban su belleza, pero Rosario sin miramientos ante la supuesta ignorancia de Rafael, se quedó mirando a Fernando...

Sólo le congratulaba a Rafael el peso del revólver y aquel refrescante contacto del acero con la pierna.

—¿Así es que vienes a quedarte aquí?

—Si me dejáis, aquí me moriré...

—¿Y dónde le habéis puesto la alcoba?

—La alcoba de un soltero debe estar lo más lejos de los casados—repuso él—. Dormiré en el sobrado... Cuando me fui me cansé de oír las ratas de los grandes barcos, y me he acostumbrado a ellas...

Se acabó la cena. Los padres beodos y dormidos se fueron a la cama casi sin despedirse. Rafael ansioso de contener la tragedia aunque fuese solo una noche más, se quiso llevar a Rosario, pero ésta le dijo:

—Yo me quedo a oír más aventuras de mi hermanito... Seis años que no le veía... Tú puedes acostarte...

Rafael reprimió el desquiciamiento de su expresión, y conteniéndose, dió la mano a Fernando y tocó con un cariñoso bofetón la mejilla de su esposa diciéndola:

—Tú, hasta luego...

Después salió a la antesala oscura a la que daba la cortina de flecos, aquella cortina de peluquería que dejaba ver lo que sucedía en la habitación iluminada aunque ocultaba por completo a la oscura, y como si temiese ver avanzar más los acontecimientos apuntó bien sobre él y disparó sin temblor de pulso, con la desviación de alto a bajo irreprimible, hiriéndole en el vientre cuando hubiera querido herirle en el corazón.

La escena resultaba clarividente desde detrás de la cortina de flecos y vió cómo él se llevaba la mano al vientre y ella aterrorizada miraba el telón de flecos.

Rafael, como no queriendo oír más palabras, disparó de nuevo sobre él y le quitó el sufrimiento.

Ella entonces salió al recibimiento, pasando por entre los flecos de la cortina como las balas que habían penetrado en el comedor, y al encontrarse con Rafael le gritó:

—¡Cobarde! Era más hombre que tú...

Entonces Rafael buscó bien el pecho de Rosario y disparó, disparó hasta que viendo agotado el revólver la dió con la culata en la cabeza.

FIN

Como siempre que escribía FIN en las cuartillas, el novelista se sentía dispuesto a convidarse a lo que fuese preciso. Puso al FIN un cierre de adorno, una contera de filigrana y se dispuso a salir a la calle. Huía así de Rosario y Fernando, que se desangraban sobre la alfombra del despacho, y en cuyos vientres la autopsia encontraría el arroz con conejo de la cena de bienvenida.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(Continuará).





## OBJECIONES

### I. — PREMIOS Y CASTIGOS



**P**oca devoción sentimos por los premios literarios. Son inútiles, cuando menos. No suscitan ningún talento; no estimulan la producción, y si la estimulan, entonces son malos del todo. Escribir con el fin del lucro, es detestable. Una de las pocas cosas bien ordenadas que hay en España es este abandono, esta soledad, esta reclusa pobreza en que el escritor, si es de ley, vive. Sólo aquí es posible el orgullo grandioso de llegar a la linde de la vejez teniendo escritas algunas obras maestras, y preguntarse cómo se proveerá a la necesidad de mañana. Las letras puras no son carrera; chasquean — preciso es reconocerlo con gozo — las ambiciones fútiles del arribismo; hay un instante en que el escritor tiene que optar entre su conciencia profesional y la holgura; quien debe a su pluma algo más que un pasar incierto, suele haber transigido con su conciencia. El escritor debe, pues, ser pobre; sólo el pobre puede ser honrado. Debe estar flaco, como los galgos, y cazar ágilmente sus cazas. El escritor, afirma un gran poeta amigo nuestro — que, por cierto, no está muy gordo — debe poseer la virtud del ayuno. Virtud que mantiene incólume la vocación y sierra los grillos de toda servidumbre, empezando por la que impone con su limosna anónima el vulgo comprador.

Suele alabarse (¡cómo no, si en ello se reconoce el espíritu de nuestro tiempo!) la independencia que goza modernamente el escritor viviendo de la largueza de su público. Exentos del mecenazgo, en apariencia, lo que se resiente ahora no es la libertad del autor, sino la calidad de las obras. Quien protege, quiere ser pagado a lo menos en alabanzas, o en halagos a su vanidad o a su

## LA PLUMA

inclinación. La posibilidad de reproducir sin término, con infimo gasto, el mismo producto, aplicada a las obras de la literatura (o sea, el menester de edición transformado en gran industria) erige en Mecenas al consumidor. Mecenas más imperioso, más corruptor que los antiguos. Más imperioso, porque su paladar es menos fino; más corruptor, porque brinda con mayor paga. Cervantes no quiso ir de lector de español al colegio que fundaba «el grande emperador de la China» por no perder el sustento del Conde de Lemos; y no se le da un ardite de que Avellaneda le arrebatase con su libro la ganancia, mientras dos príncipes le mantengan. «Viva el gran Conde de Lemos..., vívame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo...» exclama el grande hombre pobre (no sé si desdeñado o desdeñoso de la que llaman fortuna). Esos vivas me afligen. Mas, al fin, aquellos príncipes no acosaban a Cervantes, no le obligaban a escribir una novela cada mes, ni le incitaban a escribirla poniéndole ante los ojos montecillos de oro. Su liberalidad valía más, justamente por ser módica. No así este Mecenas moderno, único, numeroso, insaciable. No es capaz de deleitarse frecuentando una misma obra acabada; es tan grosero, que sólo la impresión de novedad le emociona; piensa que bajo cada título reciente, el autor se rehace; pide — y si no, no paga — obras nuevas o que se lo parezcan, y casi siempre las obtiene, recibiendo por tales las repeticiones de una misma obra con diferente aliño. A Cervantes le hubiese pedido un Quijote con cincuenta partes, y doscientas novelas cortas. Así trató a Lope, quien, como tantos autores modernos, se dejó aupar e idolatrar por el vulgo a fuerza de arrojarle cientos y cientos de obras abortadas. Lo mejor será redimirse del mecenazgo del prócer y del mecenazgo del vulgo. El parangón es Juan Jacobo. «Je n'ai jamais craint que le pain vînt à me manquer, et au pis aller je sais comment on s'en passe.» (Aquel llorón tenía la virtud del ayuno). «Je n'engagerai jamais aucune portion de ma liberté, ni pour ma subsistance, ni pour celle de personne. Je veux travailler, mais à ma fantaisie, et même ne rien faire quand il me plaira, sans que personne le trouve mauvais, hors mon estomac.» Pensaba ganarse la vida copiando papeles de música, por mantener su huraña libertad.

Si se ha de proteger la obra del espíritu como mercadería vendible, parece sólida, al pronto, la teoría del certamen y de los premios. Trátase de buscar valedores para el mérito, valedores cerca del público, que recomienden a su atención un libro empujándolo a la celebridad. Se exalta la voz de la crítica, y de murmurante que suele ser, adquiere repentinamente el timbre de un clarín. Arduo será juzgar en los certámenes donde no se tira a elegir, entre va-

rias, una obra desprendida enteramente del ingenio que la concibió, sino a ponderar cualidades morales o facultades inmanentes en el sujeto, como sucede en los certámenes para premiar el talento o la virtud. ¿Quién es talentado *in genere*? ¿Qué es un talento sin obras, informe, ilimitado, sin faz humana? A quien afronte el ridículo de presentarse ante un jurado diciendo: «Yo tengo mucho talento, más talento que nadie», y pretenda devengar mil o dos mil pesetas, habrían de aplicarle el famoso invento de don Arturo Soria, *El Talentómetro*, que no es una maquina, como pudiera creerse: es un arte para distinguir a los tontos de los que no lo son; un método, o si se quiere, un expediente. No existe receta igual para graduar la virtud. Cómo se las arreglan los académicos de la Española o de la de Ciencias Morales — administradores de ciertos premios — para sopesar la honestidad y la probidad relativas de los aspirantes, es lo que yo quisiera saber; a qué pruebas los someten, en qué tentaciones los hacen incurrir; y si es Picón el abogado del diablo cuando se va a fallar sobre la bien defendida entereza de alguna dama, o si acaso es Cotarelo, o Maura... Las dificultades que propongo se allanan si se va a discernir, no entre capacidades o potencias, sino entre obras, y no cuál de ellas será buena eternamente, sino cuál es la mejor de las que concurren. Diríase que gentes avezadas a leer libros pueden apreciar la diferencia de los méritos con mínimas probabilidades de errar. Se diría mal. Júntense los académicos para coronar una novela, y júntense al propio tiempo con ese fin treinta y seis señoritas cursis y treinta y seis cocineras, y es seguro que las tres asambleas vendrán a opinar como una sola. Por lo menos, la junta de académicos no dejará de ir premiando la novela que enloquezca a las señoritas cursis y la que desvele a las cocineras. Ejemplo de fallos inverosímiles—no sazonado siquiera por la malicia—es la adjudicación última del premio Fastenrath. Presentes en el certamen Pérez de Ayala y Miró, dábanle una calidad, un tenor literarios que sin su asistencia no hubiese tenido. Los han desahuciado. Sus jueces, tan honrados como necios, repelen de buena fe las dos únicas obras considerables que podían premiar. Y ahí tenemos una vez más la popularidad guiada por un fallo estulto.

Las letras se han engrandecido tanto en la sociedad, que el escritor no sufre mecenazgo de antiguo estilo, ni están ahora los príncipes muy solícitos en ilustrar su nombre protegiendo ingenios. Forzoso es que el escritor corteje la publicidad, pues no va a mantenerse del aire que sopla. Negro destino, explotar la vena literaria como una vena de mineral para que otros medren y gocen. De la desastrada situación en que aún está el trabajo en el mundo participa

## LA PLUMA

—bajo el oropel de la nombradía—el trabajo que llaman intelectual; acaso participe como otro ninguno, pues debiendo competir en la plaza pública por mejorar de paga, el vulgo encuentra que el ingenio produce por juego y que le basta con el aplauso. Apenas es de esperar que la fortuna tenga seso algún día, y derrame sus dones sobre quien los apetece más, que no es el avariento o el luchador ambicioso, sino el hombre cultivado y de imaginación fértil que sabe medir el poderío del dinero con la fastuosidad de sus proyectos; ni sobre quien los merece más, que no es el operario, ni el inventor, ni el capitán de industria, sino el poeta, único en engrandecer la vida. Como la fortuna es ciega, el ingenio no será jamás bastante independiente en esta sociedad para no comerciar con sus obras. Fíemos en la prepotencia del trabajo manual, módulo de la sociedad futura, para restaurar el espíritu en su pérdida libertad, con solo substraerlo a la ley de la oferta y de la demanda. «L' independance que j' entends—vuelve a decir Juan Jacobo—n' est pas celle du travail; je veux bien gagner mon pain, j' y trouve du plaisir: mais je ne veux être assujetti à aucun autre devoir, si je puis.» Eso es. Una sociedad reorganizada, donde no se despilfarren las energías como ahora, podría colmar la apetencia típica de Rousseau, que es liberarse prontamente de la deuda social y ganar, con el sustento, tanta provisión de soledad y de asueto como el espíritu sea capaz de ir consumiendo. Dos, tres horas de trabajo manual cada día, colaborar en la producción; pagada esa deuda, salir del taller y zambullirse en las realidades de la vida personal inédita: cómo podrá compararse esa situación, digna, apacible, con la que depara la sociedad de nuestro tiempo a los zarandeados ingenios, tratándolos como caballos de carreras, o premiando, no su talento probado, sino las mañas de comisionista, de histrión o de zurupeto que puedan tener. Sin abordar en las costas de Utopía, es creíble que la desamortización de la imprenta, traída por el progreso de la mecánica, disipará la tentación más fuerte que hoy encalabrina a los escritores: la de ennegrecer papel por cuenta ajena. Quien primero se percató de los dinerales que pueden ganarse comprando masas de papel blanco para revenderlo a los particulares, cortado, plegado y cosido en porciones pequeñas, tras de estampar en todas las caras de cada porción unas líneas, fué un genio. Entre Copérnico y Colón debieran ponerlo, como un epónimo del mundo moderno. Aquel genio, sus secuaces, y sus continuadores inventaron el oficio de escritor, incluido hasta ahora entre los necesarios para la gran industria de manipulación del papel, o de refinación del papel, que así podemos llamarla, pues la empresa editorial es semejante a la re-

finería de azúcar o de petróleo en que desbasta una primera materia bruta y le añade cierta cualidad que antes no tenía. El empresario paga la mano de obra del escritor con poco dinero a cambio de no tasarle la vanidad. Permítele enredarse en una metáfora y que vaya diciendo: «Esta obra es mía.» El escritor, delira. Tan suya es como del cajista o del emplanador. El día que, tras la encuadernación mecánica, y del marcador automático, y otros perfeccionamientos, venga un artilugio que haga el trabajo del escritor con más baratura, verán qué parte les cabe en la industria de producción de libros. Parte mínima, como es justo. No es para escandalizarse como me escandalicé yo cuando un editor, mostrándome un libro, me decía: «¿Qué ha puesto aquí Baroja, después de todo? El original. Yo lo restante, que es mucho más.» Hoy no me escandalizo; el editor tenía razón. En la industria que transforma el papel en libros, se habla de letras, de ciencias, de cultura, como en la de producción de específicos se habla de la salud; añagazas del fabricante. Persiguen al público para darle lo que no le tienta, ni le sienta. Muchos no se creerían enfermos de este y del otro mal, si no anunciaran los específicos que los curan; ni comprarían libros, usurpando la condición de lectores, si la oferta editorial no los aturdiere. La industria del libro, que ha creado el oficio de escritor, tiene que inventar el gran público, para dar salida a sus productos. Pero entre el escritor, que produce; y el público que consume, no hay, mirado en su vastedad, comunicación posible; el gran público es una categoría comercial. De cien lectores, noventa y nueve son poco interesantes; gente cuya opinión y cuya emoción nada importan, aunque sean cabalmente esos que se imaginan recibir por modo directo y personal las confidencias del artista, como si hubiese creado para ellos, por cuidar de sus almas de cántaro. El autor desprecia a la masa de sus lectores presuntos, y no se cuidaría de ver llegar un libro a sus manos si no fuese por venderlo; pero más le importa vender que ser leído. Esta posición falsa, corruptora, desaparece anulando la industria del libro con la desamortización de la imprenta. Ya hay máquinas que reproducen escritas la palabra hablada. En cuanto se dé con el modo de multiplicar con igual sencillez las pruebas, podrá uno editarse en casa, y el libro perderá el valor comercial que hoy se le da por los capitales y los brazos que se juntan para fabricarlo. Hace falta una máquina que sea para la edición lo que la motocicleta para los transportes en común. Ya no habrá que retribuir a la empresa. Será este el primer escalón. El último es el trabajo manual forzoso. Desaparecerá el oficio de escritor; sólo cuando viva de la labor de sus manos, el ingenio habrá dejado de ser proletario.

## LA PLUMA

No todos los oficios convienen por igual a las almas sensibles. No deberá escogerse oficio mal oliente, ni que obligue a esfuerzos penosos ni a sufrir las intemperies. El de albañil no será nunca oficio bueno para intelectuales, ni el de forjador o el de pocero. Pero hay oficios muy honrados y muy limpios que no rompen el equilibrio de los humores ni cortan con violencia el curso del pensar: carpintero de taller, tornero, tejedor... Anulado el valor comercial del libro, los certámenes ni los premios que ahora se usan no son posibles. Y cuando los haya, serán contiendas desinteresadas, sin otro botín que una corona de laurel. Pero en la sociedad futura, harto más exigente que la nuestra en punto a moral social, si no habrá hueco para el escritor jornalero, tampoco hallarán merced el poetastro, el literato mixtificador, el prosista rumboso; un tribunal terrible pesará el alma de los ingenios y dará a cada uno su merecido, sea premio o castigo, porque si está mal premiar a quien no se debe, más escándalo es dejar impune a quien se ha ganado la pena con su esfuerzo. ¡Qué alivio sentirá la conciencia! Como si hoy se publicara en la *Gaceta*: «Le ha sido otorgado el gran premio de literatura a Don Ramón del Valle-Inclán. Reconciliado *in artículo mortis* con la Academia Española, ha sufrido la última pena el novelista republicano Don Vicente Blasco Ibáñez.» Pura justicia distributiva.

### II. — QUINTANA, EN LA INFAUSTA REMOCIÓN DE SUS HUESOS :: :: ::

No hay duda: desenterrar a los muertos es pasión nacional. ¿Qué incentivos secretos tienen para el español los horrores de ultratumba que no se satisface con ponderarlos a solas y ha de ir a escarbar en los cementerios a cada momento? ¿Vocación de sepultureros, realismo abyecto, necrofagia? De todo hay en esa manía. Aquí la hemos denunciado más de una vez. Avisamos a toda persona notoria que procure morir a hurtadillas y enterrarse con nombre supuesto si quiere reposar en paz; de otro modo, irán a cribarle las cenizas cuando menos lo espere. Nadie está libre. Quien hasta ahora no se ha dejado desenterrar, como Cervantes, incurre en falta. ¡Ah, si el esqueleto del Manco pareciese! ¡Qué embriaguez! ¡Cuántas procesiones y carrozas, qué profusión de reliquias, cómo nos revolcaríamos en la fosa abierta, poseídos de furia patriótica sepulcral! Mientras la Providencia no nos favorezca con la invención del «inmortal cadáver» que echo de menos, fuerza es consolarse removiendo otros no tan importantes. Hoy les ha tocado el turno a Quintana, al general San Miguel, a Ortega y Frías y a una cantante. Los fautores de traslados cargan a



granel. Debemos a la prensa diaria preciosas noticias del suceso; ésta, entre otras: «Los cadáveres se encontraban en estado de momificación, pudiendo distinguirse en el del general Evaristo San Miguel la banda de Carlos III y el fajín.» ¿Estas alhajas vegetan en las momias? ¿Anuncian el «estado de momificación»? ¿Acaso lo previenen? No sabe uno qué pensar... Y esta otra noticia: «En tres arquetas que apenas componían un ataúd para cuerpo mayor iban los huesos de los tres hombres...» Triste mezquindad: no darles una arqueta donde puedan al menos estirar las piernas. Habrá aprendido Quintana, pues sacó de sus tumbas a los reyes del Escorial, que es malo inquietar a los difuntos, y cómo aplican la ley del Talión. También, por no ser menos que los reyes de su poema, ha proferido, al reaparecer momentáneamente sobre la tierra, un discurso que no es nuevo: «La libertad—les ha repetido a sus desenterradores, como si resumiera sus calladas meditaciones de difunto—, es para mí un objeto de acción y de instinto, y no de argumento y de doctrina; y cuando la veo poner en el alambique de la metafísica me temo al instante que va a convertirse en humo. Podrán en buen hora otras teorías políticas ser más útiles en tiempos ordinarios, estar más bien digeridas, más sabiamente concertadas; yo aquí no se lo disputo. Pero disponer mejor el ánimo para adquirir la libertad cuando se aspira a ella, para defenderla cuando se posee y para recobrarla cuando se ha perdido, eso es muy dudoso que lo hayan hecho ni que puedan hacerlo jamás. Y no se engañen los españoles: la cuestión primera, la principal, la de si han de ser libres o no, está por resolver todavía. Verdad es que han adquirido algunos derechos políticos, pero estos derechos son muy nuevos y no han echado raíces. Por consiguiente, han de ser atacados sin cesar, y si no se atiende a su defensa con decisión y constancia, serán al fin miserablemente atropellados. El estado de libertad es un estado continuo de vigilancia y frecuentemente de combate. Así, sus adversarios, considerando aisladamente la agitación de las pasiones y el conflicto de los partidos que acompañan a la libertad, dicen que no es otra cosa que una arena sangrienta de gladiadores encarnizados. Este espectáculo, a la verdad, no es agradable; pero hay otro mucho más repugnante todavía, y es el de Polifemo en su cueva devorando uno tras otro a los compañeros de Ulises.» Dijo, y tras de rogar que le reservasen la palabra para dentro de un siglo, se volvió a su arqueta, dejándose llevar al cementerio nuevo entre un capitán general y los directores de Carabineros y de la Guardia Civil. Polifemo no asistió.

CARDENIO



## ... CASTILLO FAMOSO



mejor, desde hoy, caverna famosa. Madrid es una ciudad prehistórica, cavernaria. Un sabio nos lo dice, y yo lo creo. Más: me lo estaba dando el corazón. Siempre que escribo algo de lo mucho bueno que pienso de Madrid, trabajo me cuesta celar esta convicción profunda: Madrid es un pueblo del período protoneolítico; el oso del escudo rememora al primer ocupante de los cubiles madrileños, a un vecino de nuestros remotos abuelos. La ciencia, al suscribir tardíamente mis vaticinios, me autoriza para salir a la calle con un hacha de pedernal al hombro, emblema de madrileñismo. Estoy muy contento. «En aquella época — decía años ha el señor Salillas en una lección profesada en el Ateneo — a la mano del hombre le nació un diente: el hacha de piedra, el diente manual.» (Caín debió de presentir esa imagen desquijarrante y la realizó, armando su mano fraticida con una mandíbula multidentada). Ese hombre, no sabíamos quién era, ni qué se proponía con llevar un diente en el puño; ni, menos aún, qué extravío del impulso emigratorio le trajo a encastar en estas barranqueras, entre Alcorcón y Vallecas, donde tantos han estado y están que preferirían no haberlas visto. Pero ya lo sabemos: ese hombre fué madrileño como nadie; más que San Isidro, y que los majos de Goya; más que los personajes de *La Verbena*; vino a cosa hecha, a fundar Madrid, y nos legó el parangón eterno del madrileñismo. Ese hallazgo prolonga el surco del casticismo en el tiempo: el hombre paleolítico que, aspirando a estar en pie, se puso en cuclillas en el soto del Manzanares, esbozó la actitud en que se reconoce todavía la condición madrileña, como se viene reconociendo a través de los siglos.

Débase el descubrimiento a don Elías Tormo, catedrático si los hay, erudito de marca. Un periódico lo anunció en estos términos: «Historia de Madrid. Madrid en la época paleolítica.» «¡Qué disparate! —me dije—. ¿No es Madrid una persona de la Historia? ¿Cómo hacer la historia de nadie antes de haber existido? En tal caso, si a mí se me ocurriera escribir la biografía del señor Tormo, podría hablar del oxígeno, del ázoe y del carbono, porque andan combinados en la materia de su cuerpo físico.» Mas, prosiguiendo en la lectura del periódico, pronto reconocí la frivolidad de ese discurso mío. No sólo existía Madrid en el período protoneolítico: existían también Vallecas y Getafe; sus caracteres, y su ocupación continua, eran, al parecer, los mismos que hoy. «Los hombres paleolíticos—dice el señor Tormo—encontraron el pedernal en cerros inmediatos a Madrid, en Almodóvar y en Vallecas.» Iban, pues, a buscar pedernales a Vallecas, como vamos a buscar allí el yeso para hacer este Madrid, de quien tomará nombre nuestra época, llamándose del yeso vaciado. «Las características del hombre que primeramente habitó Madrid — sigue diciendo el señor Tormo — debieron ser frente aplastada, las cejas arqueadas, y no tenía barba ni mentón.» No era guapo el primer habitante de Madrid; ni escribía muy bien, que digamos; la verdad es que muchos en nuestros días no le sacan ventaja. Y tú, lector, arquea, como nuestros antepasados, las cejas, que es admiración o susto, y ráscate la barba o el mentón (pues, al fin, ya los tenemos), que el rascarse esa parte es signo de recelo dubitativo, y atiende: «Por esqueletos encontrados se ha podido observar que su posición en pie era imperfecta...» (Es el hábito de permanecer en cuclillas. ¿Y no está hoy medio Madrid en la misma postura, en plena calle, a cualquier hora del día?) «Era, sin embargo, fuerte y grueso, aunque no de una estatura crecida.» (Como hoy: la vida sedentaria, las féculas, la mucha agua que bebemos, engordan). «Era, desde luego, hombre poco inteligente, pero conocía el fuego.» (El señor Tormo coloca unos adverbios que espantan. ¿Poco inteligente, desde luego? ¿Sin poder ser de otro modo? Esa ley subsiste. Apuesto que los más de los madrileños son hoy en día poco inteligentes y conocen el fuego). Tales señas bastan para afirmar la identidad étnica y política de Madrid desde la aparición del hombre sobre la tierra, en la edad cuaternaria, precisamente «a la hora del paleolítico inferior». (Por cierto, no sé a qué corresponderá en nuestra edad esa «hora». No se concibe que el criado nos diga: «¡Señor: es la hora del paleolítico!»)

Las semejanzas prosiguen. «Es difícil reconstruir la historia de los primeros habitantes de Madrid, porque hay verdaderas lagunas.» (Sí, sí: más que lagunas)

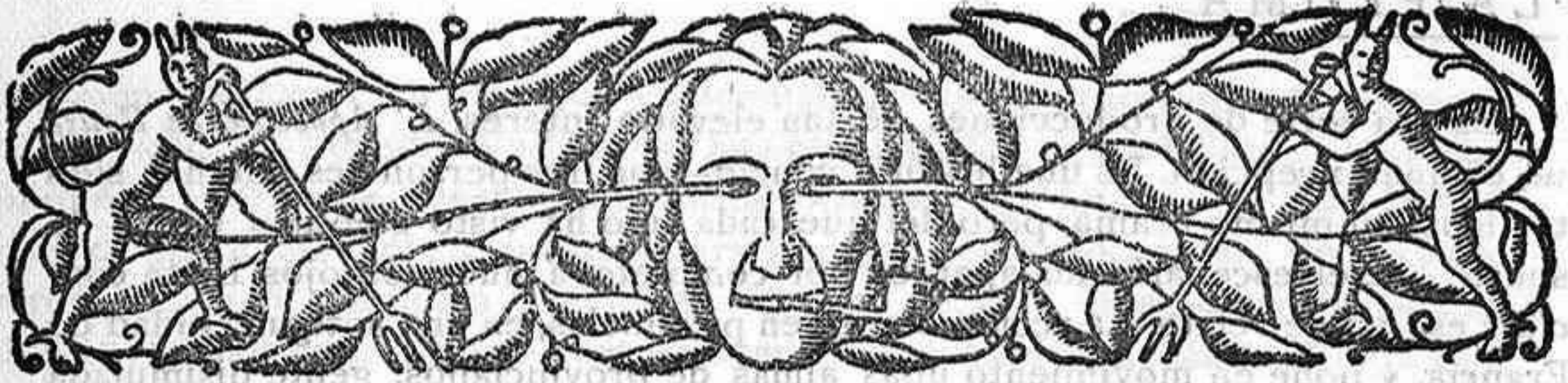
## LA PLUMA

mares). «Hay épocas en las que indiscutiblemente Madrid carecía de habitantes.» Esto es muy raro. Madrid estaba ya hecho, pues de no existir no hubiera podido carecer de algo, ni, por tanto, carecer de habitantes. Tenía la armazón física: cavernas tiradas a cordel, derrumbaderos libres, y monumentos arquitectónicos de algún valor. Pero estaba desierto. Los habitantes se habían ido. Ahora también se van muchos en verano, pero lo raro es que se hubiesen ido todos, dejándolo deshabitado. La solución del enigma es gratis para nuestro orgullo: los madrileños se fueron todos a ver una exposición internacional de pintura. El señor Tormo lo da a entender: «Una de esas épocas en que Madrid estaba deshabitado fué seguramente aquella en que en el Sur de Francia y en el Norte de España aparecía la industria pictórica, que tiene su manifestación más interesante en la cueva de Altamira.» (Ya en aquella época el nombre de Altamira servía para allanar los Pirineos. Por la magia del arte, los lazos se estrecharon entre dos pueblos que presentían su latinismo, y, por ende, su hermandad).

Algunos reparos pondremos a las conclusiones del señor Tormo: «Entramos en esta edad (la del bronce) sin haber encontrado en Madrid ninguna manifestación que dé señales de estar habitado Madrid.» En primer lugar, no; el profesor Salillas, ya mentado, de quien aprendimos a discurrir por esta senda: «Planta es la de un edificio, planta es la que se adhiere al suelo, planta es la de los pies; plantilla la de los empleados de un ministerio..., etc.», tiene capacidad sobrada para demostrar que en la edad del bronce se fundó la calle de Latoneros, y que la llamada «gente del bronce» es la reliquia de un clan de forjadores establecido en Madrid desde aquella edad. En segundo lugar, el señor Tormo se contradice: «Sólo encontramos un monolito a la altura de Getafe.» Tampoco ahora encontramos más; el monolito se ve desde el Retiro, y no hace mucho que los jefes de las tribus carpetanas lo inauguraron. Sin embargo, Madrid está pobladísimo. ¿Por qué, pues, no había de estarlo cuando el otro monolito de Getafe, el primero, se levantó para memoria de la dedicación del país a las divinidades ibéricas? «Sólo encontramos un monolito a la altura de Getafe—observa el señor Tormo—, pero sin ningún valor fundamental.» Es cierto: no vale nada.

El señor Tormo habla después de la cerámica de la estación de Ciempozuelos. Pero en esa estación no quiero entrar — aunque conozco al jefe. He roto ya demasiados cacharros.

## EL PASEANTE EN CORTE



## LETRAS FRANCESAS



Es grato señalar este mes a los lectores de LA PLUMA una de las novelas francesas más hermosa publicadas en estos últimos años, *L' Appel de la Route*, de M. Edouard Estaunié.

Los que siguen con atención el esfuerzo tenaz y discreto que ese escritor excelente rinde, laboriosamente, sin prisa febril, sin estuendo ridículo, no se asombran al verle conquistar poco a poco un puesto en primera línea. Desde *Un simple*, y sobre todo desde *L' Empreinte*, primero de sus libros que hizo algún ruido, Edouard Estaunié, sin ensanchar su manera, la ha ahondado, la ha complicado a su placer. Se ha desarrollado en profundidad, no en anchura. Se ha curado de cierta sequedad, de cierta tiesura que menoscababan la vitalidad de sus obras. Ha adquirido ductilidad, conservando el orden, el gusto por la peripecia violenta, el don de urdir bien el drama.

Más de una vez se ha comparado a Edouard Estaunié con Balzac; hay, en efecto, en el autor de *Les choses voient* una pujanza innegable, oculta en el alma de los personajes principales, que se desencadena violentamente al llegar la acción a cierto punto. Hay, además, la enorme importancia concedida a los mil detalles, a los mil matices de la palabra o del acto que el novelista agranda de una manera formidable, mostrándonos el rechazo de esas menudencias infinitas en el alma de los personajes. Y hay, en fin, una especie de convergencia de los efectos en un fin único, que es la escena más palpitante de la acción.

Por todos esos rasgos, las obras de Edouard Estaunié resultan laboriosamente urdidas, de aspecto un tanto severo, pero emocionantes a más no poder y cuyas cualidades excelentes son la pujanza y la profundidad psicológica.

## LA PLUMA

En esa serie de producciones de tan elevado interés, *L' Appel de la Route* no es una excepción. Es una historia contada por tres personajes que han sido testigos del mismo drama, pero del que cada uno ha visto solo una parte, de suerte que el escenario no aparece por completo a nuestros ojos hasta concluir ese triple relato. La acción ocurre en provincias, en una antigua ciudad de Francia, y pone en movimiento unas almas de provincianos, gente disimulada que esconde en su corazón pasiones que van creciendo en la sombra. Un chispazo, un nada, y las fuerzas ciegas del destino se desencadenan, produciendo la catástrofe.

Melle Loumer, provinciana joven, se encuentra con un tal René de la Gilarrière, que vive en Semur desde hace pocos meses, y que va a casarse con una muchacha de la aristocracia local. Una visión rápida en aquel encuentro, basta para encender en el corazón virgen, ansioso de condenarse, una pasión violentísima, y es causa del drama que va a desarrollarse. Antes que perder para siempre al que ama, la joven provinciana no vacila en servirse de unos anónimos para deshacer la boda de René y para comprometerlo en un asunto de tan mal cariz que le obliga a huir de Semur. Pero con esta venganza no recupera el corazón del amado; al contrario, lo pierde para siempre, y Melle Loumer, perdidas las esperanzas, sepulta en un convento su remordimiento y su desesperación.

Este análisis seco no basta para dar idea de la rica substancia en que el libro está amasado. Edouard Estaunié escudriña hasta lo más hondo cada personaje del drama, y analiza y disecciona sus acciones hasta en sus componentes más remotos. Es como si nos mostrase particularmente cada rueda de una máquina bien regulada y nos hiciese contemplarla en marcha. El libro es muy hermoso.

La colección francesa de estudios extranjeros acaba de enriquecerse con un volumen de M. Léandre Vaillat acerca del poeta indo Rabindranath Tagore. El libro es de actualidad. En Francia poseemos muy pocos estudios acerca del Oriente y del Extremo-Oriente, y escasos documentos sobre los autores contemporáneos de aquellas literaturas. En particular, no teníamos ninguna obra sobre el admirable Tagore, uno de los más grandes poetas de todos los tiempos.

M. Léandre Vaillat nos cuenta la historia de la juventud del poeta, que viene a ser un poema dilatado, vivido en un país de hadas; analiza sus poesías, hablándonos del hombre y del artista, dos seres inseparables en Tagore. Después nos da algunos detalles sobre la Escuela de Calcuta y sobre el movimiento joven-oriental que va adquiriendo proporciones extraordinarias por la

atracción que ejerce en nosotros, occidentales. «Muchos escritores de mi generación—dice M. Léandre Vaillat—se han cansado de ciertos hábitos perezosos en que se adormecía nuestro sentido de observación. La guerra, que hemos visto de cerca, nos deja asqueados para siempre de la elocuencia, del lirismo verbal, de toda sensación que no es sentida, de toda idea no vivida; nos ha abierto los ojos en cuanto al materialismo repugnante y mecánico donde está en peligro de naufragar la civilización occidental; nos ha enseñado a temer las amenazas que pesan sobre la inteligencia y la sensibilidad humanas. Estamos como gentes despistadas, perdidas, mirando si en el mundo sumido en la obscuridad, no surge por alguna parte una luz que nos guíe. Creo que esa luz brilla por la parte de oriente... Al volver los ojos a la India, no haremos más que seguir una costumbre milenaria, el ritmo eterno de las antiguas emigraciones humanas y religiosas. Al estudiar el poeta indo Rabindranath Tagore, no hago más que escuchar las voces que el Oriente, en ciertas épocas, de siglo en siglo, nos deja oír, mediante sus iniciados y profetas.»

Esa página del prefacio es harto característica de un estado de ánimo muy extendido en Francia en el momento actual para dejar de citarla y de incitar al público a que la medite. Todo el libro vale la pena de meditarlo, por la novedad que aporta en el momento presente.

M. Henri Duvernois acaba de publicar una nueva colección de cuentos, *La lune de fiel*, donde persisten las cualidades de observación, de sensibilidad dolorida y de ingenio que ese escritor delicioso prodiga en todo cuanto firma. Puede afirmarse que M. Henri Duvernois ha llegado a ponerse en primera línea entre los cuentistas franceses, sacando mucha ventaja a sus competidores principales. Desde Guy de Maupassant no se había revelado ningún cuentista de vena tan francesa y tan parisina. M. Henri Duvernois es más parisino que galo, sin duda; pero es más sensible que el autor de *Mademoiselle Fifi*. Muy a menudo hace pensar en Alfonso Daudet; leed, para convenceros, sus libros de cuentos.

En el género histórico, el libro bueno del mes pasado es una simple reedición de la *Vie de Monsieur Duguay Trouin, écrite de sa main*, publicada por Henri Malo en la *Collection des chefs d'œuvre méconnus*. La obra es impresionante por la sobriedad, la robustez del estilo, la claridad. Ahora que nos inundan las pseudo novelas de aventuras, es deleitoso hallar en un libro de antaño páginas de tan elevado tono y de forma tan discreta. No hay engaño ni trampa, ¡y qué maravilloso es su tañido grave, entreverado de emoción...!

\* \* \*

La ridícula propaganda en favor de los premios literarios tenía que llegar a su conclusión natural: la negativa de los escritores a mezclarse en esos manejos electorales. Con pocos días de intervalo, la *Société des gens de lettres* y l'*Association de la Critique littéraire* han protestado contra la manera de transformar una recompensa en una verdadera empresa comercial. *L'Association de la Critique littéraire* no se ha limitado a una simple protesta: llevando sus sentimientos al último extremo, ha decidido suprimir el premio anual que atribuía a una obra de crítica.

Es de lamentar esa decisión, ya que los críticos no disfrutaban tantas ventajas como los novelistas, en punto a rendimientos de los libros, premios y otros beneficios. Pero la decisión se imponía a título de ejemplo, y ya ha empezado a producir frutos.

Lo mejor, o, más bien, lo menos malo que puede esperarse de los premios literarios, es que, a fuerza de multiplicarse, crezcan en número, de tal suerte, que ellos solos se anulen. En estos momentos, constituyen el peligro más grave que amenaza a la literatura francesa y a la educación del público.

\* \* \*

El teatro ha atendido principalmente, desde hace dos meses, a las fiestas del tricentenario de Molière, cuya resonancia mundial es conocida. Esta vez, la Comedia Francesa sólo alabanzas merece, por el modo de presentar las obras principales del teatro molieresco. Preciso es destacar la representación de *l'Ecole des femmes* y la de *la Critique de l'Ecole des femmes*, por la interpretación; señalar el esfuerzo, inteligente en extremo, que ha presidido en la presentación nueva de *Les Fourberies de Scapin*, con decoraciones de un italianismo asombroso, y ponderar el cuidado con que han puesto el *Misanthrope*, *Tartuffe* y *l'Avare*.

*Le Misanthrope* ha tenido otras dos interpretaciones muy curiosas. En el teatro del Vieux Colombier, M. Copeau nos ha mostrado un Alceste doloroso, pero que se deja llevar de un noble arrebató ante las cobardías, pequeñas y grandes, de la vida. En el teatro Edouard VII, M. Lucien Guitry nos ha dado un Alceste doloroso también, pero tan metido en sí, tan lento en sus impulsos, que ciertos parlamentos resultaban inverosímiles. Evidentemente, hay una verdad que no consiste en ninguna de esas dos interpretaciones. Sería menester para el caso un actor de genio que nos hiciera reír y llorar sin salirse del tono de la comedia molieresca.



La gran curiosidad del momento, después de las representaciones de Molière, son las que Pitoëff y su compañía vienen dando en la Comédie des Champs Elysées. Conocida es la osadía de su repertorio y la influencia profunda que ha ejercido en el extranjero, sobre todo en Suiza, en Ginebra. Esta vez nos ha traído a París una obra nueva de Lenormand, *Le Mangeur de rêves*, cosa muy notable, inspirada en las teorías de Freud; pone en escena una especie de psicólogo que va alumbrando en los sujetos cuanto de inconsciente llevan en el fondo de sí; y a su lado una mujer, tipo curioso—desempeñado a la perfección por madame Pitoëff—, que si en otros tiempos practicaba la virtud, ha descubierto, bajo la influencia del psicólogo, su vocación verdadera, que es robar, y que va estigmatizando la acción del *Mangeur de rêves* a medida que se desenvuelve, haciendo un papel un poco parecido al del bufón romántico. La obra, muy bien presentada, e interpretada superiormente, ha causado una impresión profunda.

Por el contrario, *Ubu-Roi*, que ha vuelto a representarse en el teatro de l'Oeuvre, ha parecido anacrónico y sin gran interés. Seguramente es la última vez que se pondrá esa farsa. René Fauchois, que ha encontrado, para caracterizar a Ubu, una silueta asombrosa, interpreta maravillosamente esta obra, ya pasada por completo.

JULES BERTAUT





## LETRAS PORTUGUESAS



En este primer estudio, de una serie que destino a las páginas de LA PLUMA, permitáseme hacer, como el poeta-músico alemán hacía para sus obras, una especie de prelude.

La literatura portuguesa es deficientemente conocida en el Extranjero, no sólo por la poca importancia que el extranjero concede a las cosas valiosas de mi país; pero, además, por el desconocimiento general de la lengua portuguesa que el mundo padece. Tenemos escritores, en prosa y en verso, que si escribiesen en francés, en inglés o en alemán, serían universalmente conocidos y admirados.

Porque la literatura portuguesa es muy rica, y nuestra lengua posee recursos extraordinarios, prestándose a efectos musicales y pictóricos, notables por la grandeza y el relieve.

Aunque desde el siglo XII hasta hoy, siempre ha seguido, más o menos, una determinada orientación extranjera (provenzal, peninsular, galaico-castellana, en los siglos XII a XV; italiana, en el siglo XVI; española, en el siglo XVII; francesa, en el siglo XVIII; franco germana, en el XIX), la verdad es que la literatura portuguesa tiene un fondo emotivo, temático, absolutamente portugués, que la caracteriza. Si algunas veces copiamos (principalmente en los siglos XVII y XVIII), muchas otras veces adaptamos, y damos con la adaptación nuevas formas, nuevos colores, nuevos destinos a nuestra belleza.

Nuestro primer trovador, el rey Don Diniz, y nuestros poetas de los cancioneros, son, en la aurora de nuestra literatura, bien nuestros, por el sentimiento que manifestaban y por las modalidades que atribuían a los temas de sus trovas. Las poesías líricas de Camoëns, aunque determinadas por la influencia

formal italiana, tradujeron una sentimentalidad enteramente portuguesa. Y a nuestro Garret, si el romanticismo se le impuso, llevóle también a buscar de preferencia en la tradición nacional la enjundia de sus concepciones. ¿Y hoy?

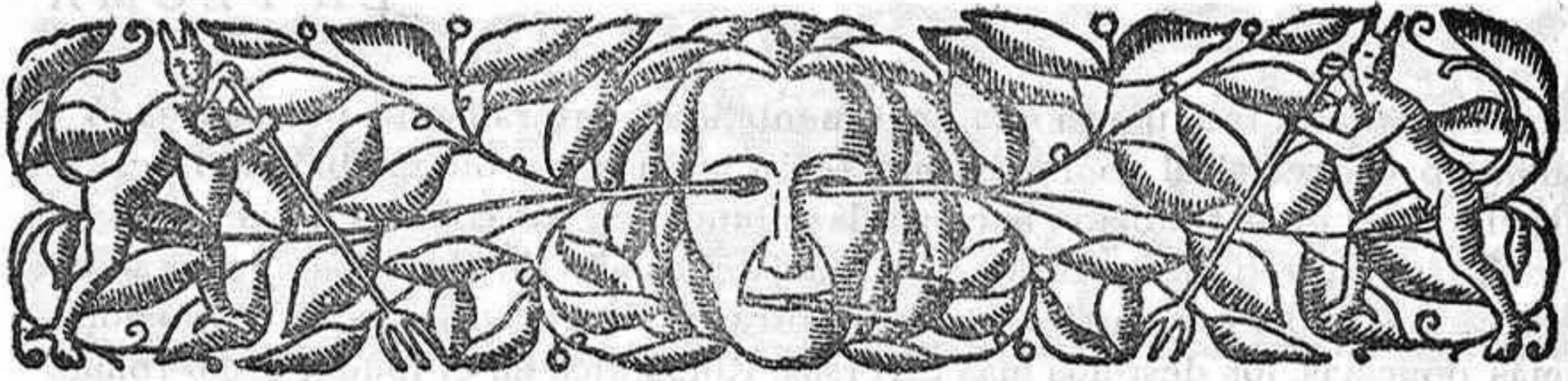
La literatura portuguesa de hoy refleja el estado de anarquía en que se encuentra Europa. Las corrientes más contrarias la atraviesan, las aspiraciones más opuestas, los destinos más diversos. Romántica en el fondo, como romántico es el pensamiento europeo contemporáneo, aparece, dentro de ese estado de espíritu general, con múltiples facetas. Pero no acompañan los poetas a los prosadores. En éstos hay una tendencia genérica a un neo-nacionalismo. En los poetas puede decirse que el modernismo equilibra el neo-nacionalismo. Eça de Queirós, discípulo de Balzac, de Flaubert y Zola, no ha hecho escuela duradera, y su influencia naturalista es hoy casi nula. Guerra Junqueiro, discípulo de Víctor Hugo, tuvo un prestigio efímero, más político que artístico.

La literatura portuguesa de hoy vacila ante las fórmulas que puede adoptar, o porque ninguna de ellas le agrada enteramente, o porque los escritores no se sienten con fuerzas para hombrearse con los consagrados.

En los escritores nuevos hay influjo del modernismo. Sin dejarse llevar por las exageraciones de las corrientes que caben dentro de la designación lata de futurismo, tratan, no obstante, de aprovechar la *secousse* que el futurismo da a las manifestaciones literarias del tiempo presente. Son, además, continuadores de los escritores de antaño, que aprovechaban, sin copiarlos, los procesos que nos llegaban de Europa, ya partiesen de Petrarca o de Góngora, ya de Goethe o de Hugo. La poesía, esencialmente lírica, sólo excepcionalmente épica en el siglo XVI, adquiere con Eugenio de Castro modalidades bellas que en nada le ceden a la poesía francesa de los Viellé-Griffin, de los Montesquiou-Fezensac, de los Regnier. La prosa, que con Eça de Queirós alcanzó una fase de esplendor, posee hoy ejemplares que se codean con los Huysmans y los Lorrain.

El simbolismo es una flor cultivada hoy naturalmente en la literatura portuguesa. Y el decadentismo es una atmósfera forzosamente respirada hoy por los literatos portugueses. Hay un género en que nuestra deficiencia es manifiesta: el teatro. Los dramaturgos portugueses de hoy son pocos y malos. Pero en la poesía, en la novela, en la crónica, en la crítica, en el ensayo histórico o filosófico, la literatura portuguesa de hoy es rica y notable.

ALFREDO PIMENTA



# TEATROS

## I.—DE LA COMEDIA FRANCESA

**P**OCAS veces una compañía extranjera ha conseguido en Madrid el éxito económico de Madame Pièrat en sus recientes representaciones de la Princesa. Del rey abajo, cuantos antaño daban decoro aristocrático a los abonos de moda, se han apresurado a llenar espléndidamente la sala donde a diario se pierden los ecos angustiosos de doña María Guerrero llorando los infortunios que suelen caberle en los melodramas que representa. No pretendamos, con todo, atribuir el pingüe resultado de la excursión artística de Madame Pièrat a sus solos méritos de actriz, que son muchos, al interés que haya podido despertar su repertorio, escogido con cierto buen sentido de la armonía en la variedad, ni en manera alguna al prestigio de Monsieur Lugné-Pöe, jefe de la expedición, cuya maestría en los *negocios extranjeros* del arte dramático francés no ha podido brillar en esta ocasión con el esplendor característico de su pequeño gran teatro de *l'Oeuvre*. Lugné-Pöe, introductor en Francia de Ibsen y Crommelynck, en una labor incesantemente renovada durante cinco lustros, se ha limitado ahora a servir los intereses diplomáticos de su país, poniendo a contribución su conocimiento de los gustos teatrales del público que podía acceder a un espectáculo planteado en los términos que lo ha sido el de las representaciones de Madame Pièrat, socia de la Comedia Francesa.

*Cherchez la femme*, pues, o más claro: ¿Quién es ella? Si bien en este caso fuera más exacto rehacer la frase y decir *Cherchez l'homme*. El rumor público durante los entreactos, y aún durante los actos harto zumbón, ha hecho un secreto a voces de la que secreta corría de boca en boca, atribuyendo a una

personalidad, elevada no más que a la altura de los proscenios del entresuelo, un interés directo en la empresa de Madame Pièrat. Pongamos la verdad en su punto:

Madame Pièrat, actriz distinguidísima, si no genial, había menester refrenar sus éxitos de la Comedia Francesa con el aplauso de un público extranjero, capaz de pagar en buena moneda, y cuyo beneplácito pudiera servir en estos momentos de aliciente para la conquista ulterior del Dorado sudamericano. Madame Pièrat está muy bien relacionada con un ex presidente del Consejo francés, amigo a su vez del embajador del rey de España en París. Una indicación del rey a su corte palatina podía decidir favorablemente el resultado de una empresa acometida, por lo demás, con la mayor economía de elementos escénicos. He ahí la razón principal del triunfo de Madame Pièrat en sus ocho representaciones.

Librémonos muy bien, por otra parte, de negar todo valor artístico a tan sugestiva representante de la Comedia Francesa. Acertadísima intérprete del *teatro de amor*, cuyo mejor ejemplo es, sin duda, la *Amoureuse* de Porto-Riche, ha querido Madame Pièrat, espigando en los papeles de su repertorio que más se prestan a destacar del conjunto la figura de la primera actriz, señalar cierto carácter inconfundible que patentiza la continuidad del espíritu francés—cuyo mosaico panteón es el teatro oficial de la Comedia—, pese al tono diferente que a través de los tiempos imprimen las diversas escuelas a obras tan dispares cuanto representativas de su época como *Fedra*, *La Princesa Forge*, *Monna Vanna* y *La marcha nupcial*.

No obstante las excelencias de la actriz y el gusto de su público en Madrid hayan coincidido justamente en la representación de *Les Marionnettes* de Wolf, Madame Pièrat ha demostrado su respeto a la tradición que en unión de sus consocios le está encomendado guardar, coronando su visita a nuestra corte con el espectáculo de la *Fedra* de Racine.

Aceptando como buena la razón fundamental aducida por Stendhal en su *Racine et Shakespeare*, en defensa del teatro romántico contra el neoclásico francés—«Rien ne ressemble moins que nous au marquis couverts d'habits brodés et de grandes perruques noires, coûtant mille écus, qui jugèrent, vers 1760, les pièces de Racine et de Molière»—habría motivo sobrado para considerar lógicamente como público más apto para entender una tragedia adecuada a los gustos de los marqueses empelucados de la Corte del rey Sol, el de los cortesanos del único descendiente de Luis XIV que aún conserva su

reino temporal. Y así, el cuadro edificante de la real familia española presidiendo la selecta reunión de la Princesa la noche de *Fedra*, podría borrar el recuerdo no muy remoto de las fotografías que denotaban cierta grave complacencia regia en las astracanadas de Muñoz Seca.

Apresurémonos a disuadir al lector benévolo de toda deducción favorable en tal sentido. A los abonados de Madame Piérat no se les alcanzó de la *Fedra* otra cosa que el patetismo con que la actriz subrayó dramáticamente los pasajes más apasionados de la obra, pero en modo alguno entendió sus *cantables*, ni mucho menos su significación estética.

Racine y Shakespeare evidencian, en efecto, la antítesis entre la pura elocuencia y el movimiento escénico en la expresión dramática. Con Shakespeare están los grandes poetas dramáticos españoles. Hablar ahora, sin embargo, de teatro francés y teatro español como términos opuestos, es un tanto arbitrario. Mejor sería generalizar con referencia a los diferentes públicos, según la escala de las desigualdades sociales, y hacer la comparación con un criterio internacional. Dentro de la clasificación de *teatro neoclásico* cabrán entonces con el nombre de Racine, el de Ibsen, el de Bernard Shaw, el de Benavente, es decir, el *teatro de cámara*, regia o simplemente burguesa, el teatro lírico, en que la declamación, en verso o en prosa, en grandes *tiradas* o en diálogo rápido, prepondera sobre la acción dramática. Corresponderá, por lo tanto, el dictado de *romántico* al *teatro popular*, el de Shakespeare, el de Lope, el de Tolstoi, el de Decourcelles, el del autor del *Don Alvaro* y el del autor del *Cyrano*, aquél, en suma—aparte su mérito literario—, en que el movimiento determina la representación dramática.

El gusto del pueblo se satisface más con Shakespeare, con el *Don Juan Tenorio*, con una película de episodios, que con la *Fedra* de Racine, propia para intelectuales. Repasemos no más los buenos éxitos del año teatral en Madrid, tan malo para la generalidad de las empresas. Un teatro popular, el de Fuencarral, se ha mantenido exclusivamente con obras del repertorio romántico: Del *Alcalde de Zalamea* y *Los Amantes de Teruel*, o *Un drama nuevo*, a *Tierra Baja*, *La carcajada* y *La dama de las camelias*. La temporada de Eslava se ha salvado bajo la advocación romántica de *Santa Isabel de Ceres*. *Rata de hotel*, película dialogada, ha defendido el cartel del Rey Alfonso. El Español, apenas sin obra nueva, ha llegado a puerto, con Zorrilla, Calderón, Tirso, Vélez de Guevara y Hartzenbusch.

Madame Piérat interpreta a Racine con buen sentido ecléctico, en que la

primitiva tradición rígida con que se hacía la tragedia en Francia, antes de Floridor, que inició la recitación moderna, muéstrase corregida, sin perder la línea clásica ni el tono digno, con el fuego *realista*, que exige cualquier público hoy día.

El conjunto fué deficientísimo; los demás intérpretes de *Fedra*, incluso recomendaban de improviso los alejandrinos que su mala memoria dejaba cojos, o se saltaban versos lindamente sin que el concurso lo advirtiera. La decoración, puro estilo *hall* del Palace, muy del gusto del abono, es decir, pésima.

## II.—LOLA MEMBRIVES

Desde el primer adiós de Rosario Pino al arte dramático, adiós tácito y aún quizás tan inconsciente como sus reiteradas despedidas posteriores, desde la deserción de Rosario Pino del escenario de la Comedia, no había vuelto a hallar Jacinto Benavente la actriz adecuada a su teatro. Nada significan en contra de esta verdad palmaria los aciertos excepcionales de la Guerrero en *La Malquerida*; de la Bárcena, en *La losa de los sueños*; de la Xirgu, en *Una Señora*, y hasta de la Cobeña, en *Señora Ama*. Mientras los Quinteros lograban, no ya intérpretes felices para sus obras, sino la formación, en los teatros de género chico, y en el Lara de antaño, de cómicos a la medida de sus sainetes, de sus comedias, de sus entremeses; mientras la firma Martínez Sierra se alzaba con un teatro defendido por una ingenua agraciadísima, e incluso Linares Rivas, o un Sassone, podían darse por satisfechos en punto a la colaboración necesaria entre autores y actores para dar vida escénica a una obra propiamente teatral, Benavente repartía en vano las suyas, sin encontrar una actriz capaz de prestar evidencia completa a sus concepciones dramáticas. Hasta la reaparición triunfal de Lola Membrives.

Hace ya algunos años, siendo muy joven la Membrives, consiguió destacar en el escenario de Apolo, consagrado al sainete chulo y al melodrama *comprimido*, su personalidad artística, acusada en aquella breve actuación con un fino sentido de lo exótico, con una fantasía del mejor gusto, en *La contrata*, de los Quintero, que ella estrenó; en *El perro chico*, en *El paraíso de los niños*, uno de cuyos principales personajes estilizó, con una gracia a manera de parlante *Copelia*. Después de larga temporada en la Argentina, volvió a Madrid por poco tiempo, revelándose como tonadillera en suma fiesta del Ateneo. De regreso otra vez en Buenos Aires, inició su conversión de la zarzuela a la comedia,

## LA PLUMA

con un intento de teatro criollo, en que vió luego la estrecha limitación que a su afán artístico imponía estérilmente, y abordando, por fin, el género dramático moderno, se nos presenta en Lara en una breve temporada que ha constituido el mejor éxito de los teatros de Madrid este invierno.

La interpretación de *El mal que nos hacen* y *Rosas de otoño* nos ha descubierto en Lola Membrives un tipo de actriz desusado en la escena española; donde no faltan temperamentos precoces, intuiciones felicísimas, gracias naturales o aprendidas, inspiración a veces, donosura, ingenio travieso, facultades eminentemente dramáticas de raro en raro, pero donde siempre se echa de menos en los cómicos la cualidad que es en Lola Membrives excelente: la inteligencia.

De ahí que nos parezca provechosísimo el consorcio Membrives-Benavente, colaboración circunstancial con vistas a una excursión por la América Española, que esperamos se consolide y arraigue después en un teatro madrileño. Si a las primeras comedias de Benavente en que la ironía esencial toma siempre una apariencia ligera, situado el autor desde un punto de vista cómico, frívolo incluso en los efectos dramáticos, convenía el arte intuitivo de Rosario Pino, las producciones benaventinas de la última época necesitan una actriz de talento, una actriz comprensiva que sepa dar al natural el tono de reflexión interior que el autor se propone, y animar en realidad los conceptos sobre que discurre, planteando paulatinamente en los personajes de sus comedias problemas las más de las veces resueltos de antemano líricamente, en la conciencia del dramaturgo.

La señora Membrives, arrogante de figura, expresiva, elegante en el vestir, sobria en la dicción, sirve en todo momento el personaje que representa, sin sacrificar el conjunto de la representación a la facilidad del lucimiento personal en otras escenas que aquellas en que culmine la gradación dramática concebida por el autor. Hoy por hoy no tenemos en los escenarios españoles ninguna actriz de los merecimientos de Lola Membrives, ni cuya modalidad artística se acomode mejor que la suya a la interpretación del teatro con que Jacinto Benavente adapta a las conveniencias del público español — comprendido naturalmente el hispanoamericano — el espíritu de la comedia moderna, que ilustran en Europa los dramaturgos posteriores a Dumas hijo, de Ibsen a D'Annunzio, de Hauptman a Daunay, de Chejov a Schnitzler, de Oscar Wilde a Bernard Shaw.

Y aun demuestra la señora Membrives la exuberancia de su temperamento



de actriz en otro aspecto muy interesante y atractivo: como cancionista. Con más voz desde luego que todas las artistas en boga del género de variedades, con buena escuela, más cantante de *lieder* que cupletista, si bien se dedique con preferencia en sus *finés de fiesta* a la canción ligera, oyéndola y viéndola dramatizar las tonadas argentinas que constituyen lo mejor de su repertorio lírico, acude a nuestra memoria el recuerdo de Ivette Guilbert, maestra que fué en ese arte no bien clasificado, nacido en el cabaret, triunfante en el music-hall y que en nada desmerece, con intérpretes como Lola Membrives, del concierto de cámara.

### III.—UN ESCENÓGRAFO

Mucha lástima ha sido que por apremios de la organización azarosa de tales espectáculos, la fiesta celebrada en el teatro del Centro a beneficio de los rusos hambrientos no tuviera cierto sentido artístico, que lejos de restar interés a la función la hubiese dado el carácter de que estuvo falta. No ha de achacarse, pues, a incomprensión del público la indiferencia con que recibió, entre otros números de un programa anodino y larguísimo, la representación malamente improvisada de *Una muerte alegre*, arlequinada de Nicolás Evreinov, uno de los propulsores del teatro artístico de Moscú.

Hubo, sin embargo, en dicha representación una novedad: el decorado y los trajes del pintor polaco Wladyslaw Jahl, en que los temas tradicionales de la farsa italiana, Colombina, Pierrot y Arlequín, estilizados con elementos populares rusos, sobre un fondo de arlequinesca composición moderna, interpretaban con aguda visión el propósito del autor, situando la obra en el ambiente de humorismo e irrealidad de que no supieron penetrarse igualmente los actores que tomaron sobre sí el empeño de hacer *Una muerte alegre* casi sin ensayos.

Wladyslaw Jahl une, por lo que se ve, a un sentido del arte decorativo verdaderamente teatral, la comprensión justa de lo que debe ser la decoración, elemento expresivo en que se fundan armónicamente todos los demás de la representación escénica. Wladyslaw Jahl no tiene todavía teatro en que trabajar. Qué más prueba de la incapacidad de los empresarios que reclaman para sí en los sueltos de contaduría la exclusiva del *arte* en el teatro.

### UN CRÍTICO INCIPIENTE



## LIBROS Y REVISTAS

**Eduardo Marquina.**—*El destino cruel.*—Ediciones de LA PLUMA.

La triple personalidad literaria de Eduardo Marquina, poeta lírico, dramaturgo y novelista, presta a toda su producción un interés particularísimo. Hay siempre en sus poesías, en sus obras de teatro, en sus narraciones novelescas, como una aspiración, no siempre vaga, mas netamente definida a veces, a sugerir en el lector una emoción dramática, en el espectador, una emoción lírica; no porque confunda los términos expresivos propios de cada género, antes bien, sin excederse de los límites en que ha querido concretar la idea al darle expansión lírica o forma teatral; pero dejando un escape al espíritu libre, un más allá, irreductible a las normas escuetas que determinan la clasificación de una obra literaria, por su conformidad o no a las leyes de la lírica, la novela o el drama.

Esta cualidad, apuntada ya por nosotros al aparecer en nuestras ediciones *Agua en cisterna*, manifiéstase patente en *El destino cruel*.

Ya la primera parte de la novela, el primer capítulo sobre todo, demuestra la maestría del *hombre de teatro* en suscitar desde luego el interés del lector, picándole con la presentación azarosa de los principales personajes de la ficción. Si hubiéramos de buscar un antecedente en la manera de captar al lector para forzarle a seguir las peripecias soñadas por el novelista sobre el cañamazo de la realidad, no vacilaríamos en señalar cierta coincidencia de procedimiento entre el seguido por Marquina en el comienzo de *El destino cruel* y el de D. Pedro Antonio de Alarcón en *El escándalo*, por ejemplo. Salvadas, naturalmente, todas las distancias en el tiempo y en el espacio, ya que Marquina se esfuerza en condensar, tanto como en dilatar Alarcón.

Por otra parte, el poeta lírico tiende a templar de suave ironía la cruda realidad que en forma de dos mujeronas—herederas de Celestina, pero más próximas parientas de algunos tipos del mejor Galdós—acaba por vencer al mismísimo Destino, que, tomando cuerpo en el narrador de la fábula, se pinta

a sí propio vestido de gris en una de las páginas más sugestivas de esta novela, que bien pudiera haberse llamado *de otro curioso impertinente*.

Una mujer y un hombre luchan en vano, solicitados por humanísimas pasiones, que ni aun ayudados del Destino saben vencer, porque sobre ese Destino altruísta hay una fuerza incontrastable que todo lo avasalla y encauza, no con las claras linfas en que beben los poetas, mas por donde corre turbulenta la vida.

Los cuentos breves, *Salvadorón*, extraña y alucinante evocación de una Andalucía malsana. y *La paz de Venecia*, moraleja casi sin fábula del mundo viejo, el mundo nuevo y el amor triunfante, cierran el volumen.

\* \* \*

**Ramón Gómez de la Serna.**—*Disparates*.—Calpe.—*La viuda blanca y negra*, novela.—Biblioteca Nueva.

No ha mucho le oímos a un admirador de Gómez de la Serna, en una tertulia de café: «Cierto que Ramón tiene un defecto que le hace desmerecer no poco: el de escribir cuanto se le ocurre, publicar cuanto escribe y regalar cuanto publica.» ¿Es ello verdad?

En primer término, caso de que lo sea como por las muestras parece verosímil, nunca tales exuberancia y liberalidad constituirían defecto, sino exceso, pecado que lejos de agravarse con la reincidencia y el escándalo, pueden abrir al pecador las puertas de la misma gloria de que gozan otros «monstruos de la naturaleza». Y en segundo lugar, no nos parece justo medir con rasero alguno a quien se esfuerza de continuo en *pasar de la raya* en que, so capa de acatamiento a las reglas de la buena educación literaria, se detienen, faltos de aliento en realidad, muchos espíritus mediocres.

Sin descanso ni fatiga produce Ramón Gómez de la Serna diariamente cuartillas y más cuartillas, que luego de solicitar la atención del público, letrado, curioso, o indiferente y remiso, en revistas y periódicos, nos ofrece coleccionadas en sendos volúmenes, cuya aparición aventaja en regularidad a algunas publicaciones con carácter de gacetas literarias—en punto al cronometrismo de la *hora oficial* de Europa que pretenden fijar—. Rara vez viene solo un libro de Gómez de la Serna. Pudiéramos decir, parodiando sus greguerías, que «el crítico encargado de participar a los lectores tan fausta nueva, cumple en cierto modo la misión del redactor encargado en los periódicos de comentar esa noticia extraordinaria de la mujer fecunda que cada nueve meses nos sorprende con un nuevo parto triple o cuádruple».

Bromas aparte, puede tal vez reprochársele a Gómez de la Serna la insistencia, no obstante su múltiple labor literaria, en no pulsar sino una misma cuerda de su sensibilidad, culminante en la manera, tan personal, de sus greguerías de siempre, de sus *Disparates* de ahora, preciosa muestra de la finura de humorismo, semejante al del gran humorista Charles Chaplin, incluso en el

## LA PLUMA

sentimiento lírico que corre por debajo de su inspiración desbordada en gracias truculentas. Mas ¿quién nos dice que esa insistencia no encubre un afán de perfección que se nos escapa en la improvisación a que se obliga o a que se abandona?

Sobre que repasando sus obras anteriores échase de ver la evolución, que no se advierte de un libro a otro, cada uno de los cuales es reedición espiritual del anterior, pero sí en el conjunto de su labor de quince años a la fecha. Nosotros que en alguna ocasión le hemos requerido a que *compusiera* más, deteniéndose en el camino del *ingenio a chorro suelto*, que intentara aprovechar esa poderosa imaginación derrochada en tan deliciosas y admirables quisicosas con que nos sorprende, divierte y emociona, que orientara su esfuerzo en suma a la invención de nuevas relaciones entre los sucesos que constituyen una novela, vemos ya patente ese esfuerzo en sus últimas producciones, de que son precioso ejemplo, la que enriquece, actualmente en curso de publicación, las páginas de LA PLUMA, y *La viuda blanca y negra*.

Apenas hay, sin embargo, trama novelesca en esta disección minuciosa de un amor vulgar que Ramón describe con la pausa, el humor, el estilo peculiar que le distingue. Pero ya la atención concentrada sobre dos protagonistas de un solo tema, eterno en sus incidencias, en sus contrastes de luz y de sombra, muestra el propósito en el novelista de serlo verdaderamente, con todos los inconvenientes que puedan salir al paso de su imaginación, torturada por un concepto de reducción de la vida al absurdo, en que reside su modernidad, y en definitiva la fuerza con que conquista a sus lectores.

\* \* \*

**Carlos Reyles.**—*El embrujo de Sevilla*, novela.—Calpe.

Hay en la visión de Sevilla del señor Reyles pasión de turista sensible a las emociones de lo exótico, ese punto de vista del extranjero descubridor, a través de un monóculo de lente curva, del hechizo español encarnado definitivamente en la *Carmen* de Merimée y Bizet. El mismo afán prolijo que el autor de *El embrujo de Sevilla* ha puesto en verificar de una manera *técnica* sus primeros apuntes impresionistas, el alarde que hace ante el lector de sus conocimientos *flamencos*, la minuciosidad en que se complace al describir los sagrados ritos del cante jondo o de la tauromaquia, demuestran su inhibición espiritual del espectáculo que la protagonista de la novela contempla desde lo alto de la Giralda.

Hay en la historia de los amores del señorito torero y la bailarina de *El embrujo de Sevilla*, la sangre, la voluptuosidad y la muerte de los cuadros vivos que acertó a escribir sobre motivos españoles Maurice Barrès; hay un nuevo trasunto, más directo, de la Andalucía pintoresca de *La femme et le pantin* de Pierre Louys; hay la documentación, más científica, valga la palabra, menos farragosa y periodística, de que se sirvió malamente Blasco Ibáñez para su *Sangre y Arena*; hay toques de crudo realismo cuyo solo antecedente en la no-

vela española contemporánea está tal vez en *Las Águilas* de López Pinillos. Con todo lo cual, denota *El embrujo de Sevilla* en don Carlos Reyles un escritor personalísimo y un novelista maduro; como suele decirse, abusivamente casi siempre, hecho y derecho.

El señor Reyles escribe muy bien el castellano, tiene conciencia clara del valor de las palabras, no fuerza la atención del lector sometiéndole a una sintaxis caprichosa, y si alguna vez nos parece que la economía de la novela ganaría aligerando el autor la pauta del párrafo, nos tiene siempre ganados la gracia de buena ley literaria de un estilo propiamente narrativo, en que los elementos plásticos aparecen, con rigurosa lógica, supeditados a la expresión verbal, abundante, cálida, coloreada.

Como novelista posee el señor Reyles una excelente condición: la de graduar el interés dramático y sorprender con el suceso imprevisto, que desequilibra por lo pronto el encadenamiento natural de los anteriores, pero que se justifica luego por la misma fatalidad a que obedece toda la acción imaginada por el novelista. La *puñalada trapera* de la bailarina al hombre de quien está enamorada, por salvar al que odia, vale por toda la novela, acaso innecesariamente recargada al final con demasiadas expiaciones que no añaden emoción purgativa a la confesión pública de la pecadora.

Pero no vale sólo *El embrujo de Sevilla* por tal capítulo novelesco o escena diestramente transcrita. Lo que mejor nos parece es la maestría con que el señor Reyles ha sabido poner de relieve esa monstruosa exacerbación sentimental, ese delirio hiperestésico del *tablao*, del ruedo, de la Semana Santa de Sevilla, esa complacencia dolorosa en el amor y en la muerte en que la realidad y la ficción aparecen involucradas y confundidas apasionadamente.

\* \* \*

**José María Chacón y Calvo.**—*Las cien mejores poesías cubanas.*—Madrid. Editorial Reus, 1922.

No se ha limitado el afortunadísimo colector de este centón modelo a entresacar con exquisito gusto, adornándolas con notas biográficas y críticas, las mejores composiciones de los poetas españoles del período romántico nacidos en Cuba. Ha hecho mucho más: ha descubierto la poesía cubana.

Era empeño nada fácil y que ha llevado a cabo el Sr. Chacón con el fino talento y discreción singular de que ha sabido dar hasta la fecha tan cumplida muestra en sus ensayos literarios de vario género.

Porque era menester señalar en las poesías seleccionadas en este tomo, de Manuel de Zequeira a Julián del Casal y René López, a través del tonante Heredia, de la Avellaneda, de Zenea, y Martí, y Plácido el Mulato, un sentimiento nacional, que aparte la pasión política, el martirio por la libertad patria o el fondo natural del paisaje de la isla, revelase un ánimo lírico con color y acento cubanos. Y es lo que ha logrado sobria y agudamente el Sr. Chacón y Calvo.

«Zorrillismo y *tropicalismo* son—dice—modalidades, matices de una misma

## LA PLUMA

actitud espiritual. Por eso aquella tradición literaria arraigó tan firmemente entre nosotros, y puede decirse que apareció con Francisco Orgaz, años antes de que el poeta de la Alhambra la divulgase con sus viajes memorables por gran parte de la América española. El zorrillismo es lo verbal que simula lo lírico, lo melódico, que predomina sobre toda idea y toda emoción... Los poetas simplemente versistas no llegan sino al tropicalismo zorrillista; los poetas que han tenido algo que decirnos, que han visto luces distantes o sentido ocultas e insinuantes voces, que han cantado, aunque fuese una sola vez, porque todo el espíritu aspiraba y exigía las aladas palabras, llegan a la visión plena del alma tropical...»

Advertir ese dejo cubano en la bélica trompa de los coetáneos y continuadores de D. Juan Nicasio Gallego, o en la adaptación de los *suspirillos germánicos* de Becquer a la lira tropical, es cosa que ya puede lograr cualquier oído, una vez hecha la selección de este muestrario poético, con el seguro tacto, la voluntad inspiradora de un espíritu tan sabio como el del escoliasta de *Las cien mejores poesías cubanas*.

\* \* \*

**Artemio de Valle Arizpe:** *Ejemplo*. — Madrid. Año MCMXIX; *Vidas milagrosas*.—Madrid, MCXXI.

Dos maneras hay de considerar el pasado: como una ruina, cuyos ecos sólo repetirán ya nuestra voz, si en medio de ella damos al aire elegiaco lamento («Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora—campos de soledad, mustio collado—fueron un tiempo Itálica famosa»), y tal es la disposición de las gentes que no creen en espíritus ni trasgos; o abándonándose por entero a la emoción que las reliquias antiguas despiertan en el ánimo sensible, hasta que la propia voz se impresione, y hable por boca del evocador el espíritu evocado.

Cierto que no tendrá para nosotros interés alguno esta segunda evocación o remedo simplemente verbal de una época cuya memoria vive en la nuestra por los monumentos literarios o artísticos que de ella nos quedan, si el escritor de ahora se limita no más a imitar formas arcaicas, vacías de sentido propio. Pero hay un grado de contemplación estética, es decir, moderna, y este es el caso de D. Artemio de Valle Arizpe en los dos preciosos libros que nos regala—deliciosamente ornado el uno con dibujos de Roberto Montenegro—, en que la voz y el acento antiguo se tiñen de una emoción directa y personal, cuyo mismo artificio y engolamiento descubren cierto humorismo purificador.

Valle Arizpe, escritor mejicano, se siente atraído por las sombras del pasado colonial de su patria nativa, y con graciosa dejación de la libertad de pensamiento conquistada por sus antecesores inmediatos, se complace en fingir historias y milagros de una leyenda española de supersticiones, estilizadas a la mayor gloria de D. Ramiro el de Larreta.

\* \* \*

**Paul Neuhuys.**—*Poètes d'aujourd'hui. L'orientation actuelle de la conscience lyrique*,—«Ça Ira», Anvers, 1922.

¿Hay una orientación definida en las diversas manifestaciones de la poesía modernísima? Paul Neuhuys, afirma que sí, en su librito *Poetas de hoy. La orientación actual de la conciencia lírica*, publicado en las atractivas y cuidadísimas ediciones de la revista *Ça Ira* de Amberes, propulsora de la renovación poética posterior al simbolismo.

Observa el señor Neuhuys en la aparente incoherencia, en la anarquía del mundo literario, un esfuerzo común por concentrar la expresión lírica, más de acuerdo con la realidad de lo que se han propuesto los poetas de todos los tiempos. Esa expresión directa de la realidad se obtiene en la lírica actual, reduciendo a términos meramente enumerativos las relaciones por semejanza, conseguidas hasta ahora entre las cosas clasificadas en categorías. Lo cual daba lugar a la repartición del universo en temas poéticos y temas prosaicos, antinomia resuelta en la conciencia del poeta moderno, para quien no hay diferencias de calidad en la materia objeto de su poesía, y sí sólo valores de relatividad con relación al absurdo absoluto, nuevo caos de que ha de surgir, en virtud del Verbo, el nuevo mundo libre.

De Guillaume Apollinaire a Paul Valery, a través del grupo de Jules Romains, Duhamel, Vildrac, y el de los dadaístas más significados, traza Paul Neuhuys una reseña de la poesía francesa moderna, en que la brevedad y la agudeza no menoscaban la claridad de su opinión, afirmativa de una conciencia, no por difusa en múltiples manifestaciones, sin norma de escuela propiamente tal, menos patente en su unanimidad.

C. R. C.

\* \* \*

**Louis Léon-Martin.**—*Tuvache ou la tragédie pastorale*. — París, Grasset.

Tuvache era un campesino de cortos alcances, que aceptaba el destino con sumisión, según las reglas, y vivía feliz, emparedado entre cuatro ideas: «Yo bien quisiera.» «No se puede.» «Trabajemos.» «Tengo hambre.» Tuvache era sincero; leal a sus instintos, no comprendía, al abandonarse a ellos, la repercusión adversa de sus actos, hallándose como siempre se hallaba propicio a ganarse con trabajo el pan cotidiano, «sin rencor y sin hipótesis». Todo lo que no podía gobernarse por esa norma ni resolverse en esa actitud sumisa, era para Tuvache inexcrutable. Así, cuando el mundo—una aldehuela ribereña del Loira—, que un momento le acarició y exaltó, le volvió después la espalda, y le insultó luego, le persiguió, empujándole a la desesperación y a la muerte, Tuvache no se da cuenta cabal del por qué de la borrasca en que perece, ni de la fuerza que se desencadena contra él, y que lo lleva fatalmente a realizar su destino. Tuvache hubiera podido salvarse si llega a tener, a tiempo, un poco de disimulo; pero en su mollera, no cabía ningún artificio. Verle así indefenso, trágicamente indefenso, suscita una emoción pura, bien lograda: contra la fata-

## LA PLUMA

lidad enemiga, su triste corazón pesa menos que una pajita que se lleva el viento.

La tragedia de Tuvache tiene por fondo un paisaje luminoso, con viñedos pujantes, y arboledas tupidas, orilla del río, y en el paisaje un pueblecito, cuyos movimientos colectivos determinan la suerte del héroe. Está contada sobriamente, sin patetismo, sin cromos; el estilo, condensado en notaciones esenciales. Libro fuerte, verídico, claro.

M. A.

**Libros recibidos.**—José María Chacón y Calvo: *Literatura cubana. Ensayos críticos*. Biblioteca Calleja.—J. Francos Rodríguez: *Días de la Regencia. Recuerdos de lo que fué*. Biblioteca Calleja.—E. de Gorbea Lemmi: *Los mil años de Elena Fortun. Magerit*. Calleja.—Geo H. Carpenter: *La vida de los insectos*. C.—H. W. Johns: *Babilonia*. Manuales Calleja.—José Toral; *Horas sentimentales*. Librería y Editorial Rivadeneyra, Madrid.—Vicente de Pereda: *La Hidalga fea*. Madrid, Suárez, 1922.—Luis H. Delgado: *El Poema triunfal*; París, 1921, O.—W. de L. Milosz: *La Confession de Lemuel*. La Connaissance, París, 1922.—Raymondo Raymondi: *Verso il Sole di Levante*. Padova, Zannoni, 1921.—Leén Chenoy: *L'Appel du conquistador Ça Ira*, Amberes, 1921.

**Revistas.**—*Mercure de France*, París.—*Le Progrés Civique*, París.—*La Connaissance*, París.—*La Revue de l'Époque*, París.—*Vida Nuestra*, Buenos Aires.—*Athenaeum*, Zaragoza.—*Repertorio Americano*, San José de Costa Rica.—*Le Crapouillot*, París.—*Belles Lettres*, París.—*Cultura Venezolana*, Caracas.—*Die Aktion*, Berlín.—*Pegaso*, Montevideo.—*Cuba Contemporánea*, La Habana.—*Babel*, Buenos Aires.—*Poesía ed Arte*, Ferrara.—*España y América*, Cádiz.—*Hermes*, Bilbao.—*L'Art Libre*, Bruselas.—*Ça Ira*, Amberes.—*La Ronda*, Roma.—*La Nouvelle Revue Française*, París.—*Índice*, Madrid.—*Cosmópolis*, Madrid.—*The Living Age*, Boston.—*España*, Madrid.—*Les Marges*, París.—*Prisma*, París.—*Signaux de France et de Belgique*, Bruselas.—*Los Nuevos*, Montevideo.—*Revue de l'Amérique latine*, París.—*Le Thyrsé*, Bruselas.—*Intentions*, París.—*La Revue de Genève*, Ginebra.—*Feuilles Libres*, París.—*Le Maglio*, Bolonia,

